

La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 24 DE JULIO DE 1893

NÚM. 604



FLORES CAMPESTRES, cuadro de G. Bellei

SUMARIO

Texto. - *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Los edificios de la Exposición de Chicago*, por M. A. - *Recuerdos del centenario rojo. Luis XVII. VI. Emparedado. VII. Termino*, por Emilia Pardo Bazán. - *Nuestros grabados.* - *Anie* (continuación), novela por Héctor Malot, con ilustraciones de Emilio Bayard. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Un motor sencillo.* - *Aparato de salvamento y de extinción de incendios.* - *Nuevo buque insumergible.* - *Recolección de la canela en Thanh-Haoa (Tonkin).* - *El vegetal más grande del globo.*

Grabados. - *Flores campestres*, cuadro de G. Bellei. - *Los edificios de la Exposición universal de Chicago*, seis grabados. - *San Cristóbal*, cuadro de Pedro Stackiewicz. - *Tipo de un jacobino; El delfín en su encierro en el Temple*; Facsímile de dos grabados de la época de la Revolución francesa, cuatro grabados correspondientes á *Recuerdos del centenario rojo.* - *Victima inocente*, cuadro de D. Carr. - *En el baño*, cuadro de Fred Morgan. - Fig. 1. Termomotor Iske. - Fig. 2. Termomotor Mitchell. - *Aparato de salvamento y extinción de incendios.* - *A la salud de la novia*, cuadro de Joaquín Agravot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892).

CRÓNICA DE ARTE

Con la subida de la columna termométrica, que alcanzó á la sombra en algunos días de la pasada semana á los 36 grados centígrados, coincidió la marcha de bastantes pintores en busca de fresco, de paisajes menos áridos y abrasados que los que rodean esta villa y corte, de otros modelos que no sean los eternos *neutros* de aquí, los cuales así remedan la aldeana como la más elegante y picaresca de las *cocottes* que pasean sus gracias por el Retiro, bien un *cantaor* de cara angulosa y mortecinas mejillas ó un caballero de colete y chambergo.

En Madrid, pues, quedan los artistas á los que la índole de sus trabajos no les permite abandonar sus estudios. Domínguez, por ejemplo, empeñado en grandes obras decorativas, no abandonará esta villa sino para ir á San Esteban de Pravia (Asturias) á colocar en el palacio que en el lugar del Pito edificaron los Sres. de Selgas un techo que debía haber pintado el malogrado Plasencia. Por cierto que de esta obra, como aconteció con las del ilustre muerto, tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocimiento muy pronto.

Y como á Domínguez, le sucede que no podrá salir de Madrid á Arroyo, el catedrático de Historia y Teoría del Arte de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado, quien está pintando un gran lienzo en el que representa al profeta Ezequiel prediciendo la resurrección de la carne; asunto verdaderamente cuajado de escollos y que entra de lleno en el campo del más exaltado misticismo cristiano de los siglos medios, creadores de la celeberrima pintura mural *La danza de la muerte*.

Otro de los pintores que tampoco saldrá, como venía haciéndolo durante los veranos á pintar en Asturias tipos, paisajes y costumbres. de allí, es Cecilio Plá. Trabajos de índole decorativa y varios otros encargos urgentes le retienen en la corte este año; pero, en cambio, Moreno Carbonero está en un hotel de Málaga pintando costumbres del país andaluz; Sorolla salió para Valencia, donde piensa residir hasta los primeros días de noviembre; Martínez Cubells visitará la ciudad de los Paleólogos, la vieja Bizancio; Cuntanda está en Avila, donde se dedica á trabajar en dos cuadros que se titularán *Cristo y las golondrinas* y *Locura ó santidad*; Ferrant marcha á Galicia á pasar los días estivales en una casa de recreo cercana á la Coruña, y varios otros artistas se distribuyen por las provincias del Mediodía y del Norte de España.

* *

Bastantes escultores hállanse al presente atravesando uno de los períodos peores que hay en la vida artística, el de la incertidumbre.

Mis lectores saben ya que hace algún tiempo se convocó á dos concursos, uno para elevar en Manila un monumento á Legazpi y al P. Urdaneta, otro para erigir una estatua á Pelayo en Covadonga. A ambos concursos acudieron gran número de artistas, algunos premiados con medallas de oro en Exposiciones nacionales y que alcanzaron la adjudicación de importantes obras escultóricas en concursos recientemente celebrados.

Dada la distancia que hay entre Madrid y la capital de las islas Filipinas, es casi seguro que no se sa-

brá hasta principios del próximo mes de agosto el nombre del escultor á quien el Jurado allí nombrado al efecto haya concedido la ejecución del primero de los monumentos dichos. La expectación, pues, es grande, porque se han cruzado recomendaciones importantes entre la capital de la metrópoli y la capital filipina; y el que más y el que menos pretende, por virtud de sus influencias, que los veinte mil duros que se abonan por el monumento sean el premio de sus afanes.

Algunos de los proyectos me son conocidos. Ninguno, á mi juicio, revela nada nuevo; pero en cambio tienen casi todos una condición que Clarín dice no existe en la obra de arte; esta condición es la de ser discretos. No puede decirse (hablo de los proyectos que conozco, como presumirán mis lectores) que se distingue uno solo, apartándose de lo corriente, de lo visto. Parece que todos los escultores se han puesto de acuerdo para interpretar las figuras de Legazpi y del P. Urdaneta. Poco más ó menos la disposición del grupo y la actitud de las estatuas es una misma.

Respecto del segundo concurso, ó sea el convocado por la Diputación provincial de Oviedo para elevar una estatua en Covadonga á Pelayo, desde ahora puedo adelantar la noticia, sin que esto sea ejercer de profeta, que dará gran juego y que volverán á recrudescer las luchas y las polémicas que se suscitaron recientemente con motivo de los concursos abiertos para decorar el nuevo edificio de la Biblioteca de esta Corte.

Concurren á este certamen bastantes más escultores que al primero; y entre los que asisten, cuéntase á un académico de la de San Fernando. Además créese, con bastante fundamento para ello, que el premio está concedido ya en Oviedo á un escultor hijo de aquella provincia; pero como la Academia de Bellas Artes es la llamada á juzgar los bocetos y proyectos que se presentan, pues está declarado como lugar y monumento nacional Covadonga, y aquella corporación, según tengo entendido, está bastante quejosa de la provincial que abrió el concurso por no haber estimado convenientemente ésta que la Academia redactase las bases del certamen, es probable que el dictamen del cuerpo consultivo esté muy lejos de satisfacer los deseos de aquellos (si es cierta la especie) que pretenden favorecer á determinado escultor.

Pero una nueva complicación viene á enredar más el asunto y á enardecer los ánimos. Si es cierto que un académico toma también parte en el concurso, sus colegas tienen que proceder con arreglo á la real orden dictada por el Sr. Linares Rivas, y por lo tanto inhibirse de conocer en dicho concurso, ó caso de que saliese premiado el boceto del académico proceder á nuevo examen.

Es verdad que el nombre del autor del modelo que resulte agraciado no se puede saber oficialmente hasta que se abra el sobre; pero lo que me ocurre á mí, les ocurre á todos aquellos que de arte se preocupan y que por lo tanto viven en este pequeño mundo: que sabemos de quiénes son todos y cada uno de los modelos que se han visto ya en Oviedo y que se verán aquí cuando pasen las vacaciones. Además, no es difícil ni mucho menos sacar por el hilo el ovillo de la paternidad de las obras; es decir con esto, que aquí conocemos perfectamente la *manera* y el estilo de los artistas, especialmente de los que manejan el palillo y el barro, y claro está que el incógnito desaparece para los académicos lo mismo que para los que no lo son; y esto sabido, ocurre preguntar: ¿qué determinación tomará la ilustre corporación de la calle de Alcalá?

* *

El día 25 del pasado mes de junio se inauguró la estatua erigida en esta corte y emplazada en el cruce de las calles de Felipe IV y de Moreto á Doña María Cristina de Borbón.

En otro lugar he dicho que Mariano Benlliure merecía la más entusiasta enhorabuena por la estatua de la *Historia*, que aparece sentada en un pedestal saliente del primer cuerpo del monumento.

Es esta figura una de las más primorosamente modeladas que ha producido Benlliure. Movida con majestad soberana, elegante y severa la actitud, colocados con arte exquisito los paños, la estatua de la *Historia* será siempre tenida como una de las producciones que honran el genio del escultor valenciano. ¿Quién pudiera decir otro tanto de la efigie de la cuarta esposa de Fernando VII!

Yo no sé en qué pensaría mi querido amigo Mariano cuando modeló esta figura. Le dió á los brazos el mismo movimiento, y le colocó las manos á la misma altura y en la misma posición; la izquierda cogiendo la cola del largo vestido de corte, la derecha empuñando un rollo de papeles. En esta forma los

brazos, que como la cabeza están modelados de modo exquisito, semejan dos asas. Por otro lado, la estatua está modelada y proporcionada para ser vista á mucha menor altura, resultando por virtud de esto que aparece mezquina la cabeza y corta en general la figura. El plegado de los paños del vestido es duro, demasiado duro.

Por lo que respecta al parecido, Benlliure debió inspirarse en los retratos que de la reina pintara Lopez, recién llegada á España, cuando todavía era muy joven y no se había desarrollado en todo su esplendor la belleza de la princesa de la casa de Parma.

La parte arquitectónica del monumento tiene un marcado sabor del estilo ornamental del imperio. Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta que por los días en que María Cristina se unió al *Deseado* tal era el gusto dominante, el arquitecto Sr. Aguado acertó. El segundo cuerpo sobre todo recuerda la traza de un gran número de relojes de bronce de la citada época, que, como dicho segundo cuerpo, afectan un trozo de fuste de columna que termina en cornisa y arranca de una faja, formada de cabezas de león, frutos y flores; simbolizando la abundancia, etc., etc., de la regencia de María Cristina. El primer cuerpo es octagonal y almohadillado.

Los escudos y demás ornamentación de la parte arquitectónica del monumento están ejecutados con gran primor. Los dos bajos relieves en bronce representando el Convenio de Vergara y el acto de entregar la reina el *Estatuto*, por la altura á que están colocados es punto menos que imposible poderlos apreciar; sin embargo, se advierte en ellos acertada distribución de los grupos, y esa facilidad de factura que es privilegio exclusivo de Benlliure.

En general el monumento tiende demasiado á la indeterminación, á causa de su traza circular. La vista no reposa y el primer golpe de vista es bastante poco simpático; mirado con más detenimiento resulta más agradable, y lo perfectamente construido y labrado de los detalles concluye por hacer simpática esta obra. Pero lo deplorable es sin duda alguna la altura del monumento. O sobra pedestal ó falta estatua. Desde el natural punto de vista, la efigie de la reina no puede apreciarse, y resulta mezquina á pesar de sus tres metros de *talla*.

* *

Balart se ha ocupado hace pocos días del cuadro de Villegas *La muerte del torero*, á propósito de la exposición que de este lienzo y del de *La Dogaresa* hizo en Roma el célebre artista español, antes de remitirlos á Munich, donde actualmente figuran ó deben figurar en la Exposición de Bellas Artes que en este mes se celebra en la ciudad artística por excelencia de Alemania.

Lenguas se han hecho los periódicos italianos de estos cuadros, que dan como obras prodigiosas. El entusiasmo allí en Roma despertado con la exhibición de las últimas producciones de Villegas fué tan grande, que más de un diario de la Ciudad Eterna instó al gobierno para que adquiriese *El triunfo de la Dogaresa*, á pesar de que el precio que el artista puso á su obra representa una fortuna.

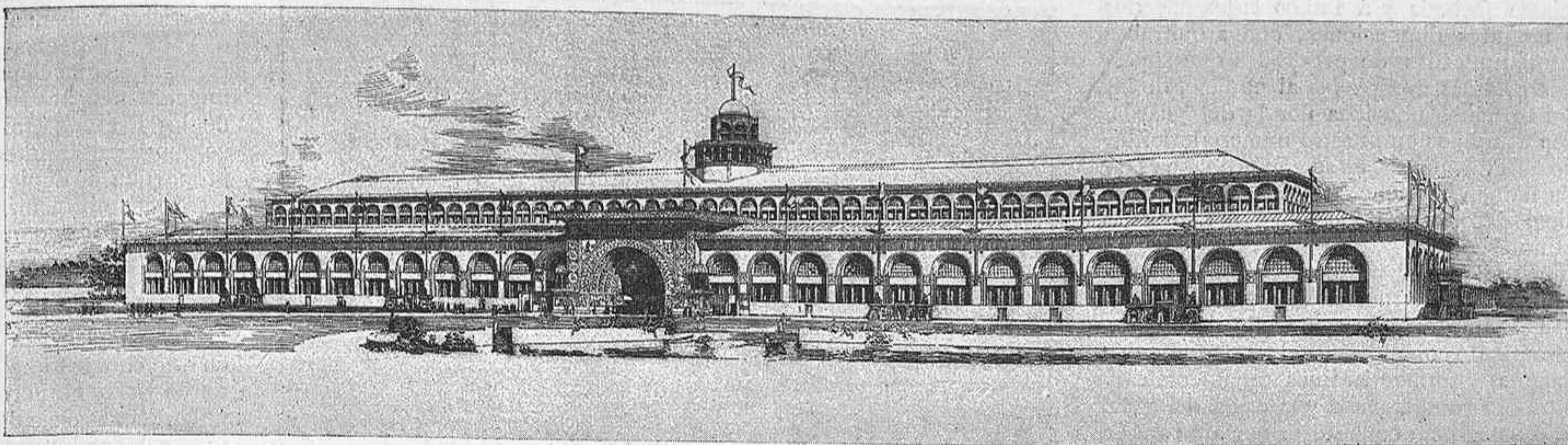
Mi querido y respetable amigo D. Federico Balart, en un artículo que publicó en *El Imparcial* correspondiente al lunes 10 del mes que corre, se lamenta de que *La muerte del torero*, cuadro eminentemente español por el asunto y por la paleta, pueda ser adquirido por una nación extranjera. Al mismo tiempo se hace eco mi respetable amigo del rumor circulado por Madrid respecto á la posibilidad de poderse adquirir para nuestro Museo del Prado el lienzo en cuestión, por cuanto el artista se avendría fácilmente á hacer una rebaja considerable en el precio, por el placer de que su obra no saliese de su patria.

Yo puedo afirmar, pero de una manera terminante, que Villegas aceptaría las proposiciones que el gobierno español le hiciese para la compra de *La muerte del torero*: claro está, que siempre que estas condiciones fuesen razonables, como por ejemplo, rebajar el cincuenta por ciento del precio en que lo daría á otra nación ó á un particular cualquiera.

Pero ¡buenos están los tiempos para comprar cosas inútiles! Cuando para escatimar unos cuantos miles de pesetas, se trata de la acumulación de enseñanzas que, como la de Historia y Teoría del Arte, que por iniciativa del actual ministro de Fomento deben establecerse en los Institutos, necesitan un personal que sepa hacer demostraciones gráficas, medio el más indicado para obtener verdaderos resultados, ¿cómo vamos á pedir la *gollaría* de que venga á nuestro museo nacional una joya de la pintura contemporánea?

R. Balsa de la Vega

14 de julio de 1893



Vista general del Palacio de Transportes

LOS EDIFICIOS

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

IV

El palacio de Transportes está situado en el extremo Sudoeste de Jackson Park, entre los de Agricultura y de Minas, y dado el objeto para que está destinado, muy próximo á las vías férreas.

Como es de suponer, la mayor parte de este edificio se ha construído de un modo adecuado á exhibir en él cuanto constituye la historia de la locomoción humana, desde el cochecito de niños hasta las grandes locomotoras y los inmensos y elegantísimos vagones Pulman, que son una especialidad notable de los ferrocarriles de los Estados Unidos. A este fin contiene espaciosas naves, por las que corren rieles que se cruzan en ángulos rectos y constituyen una serie de vías férreas, entre las cuales queda espacio suficiente para la más desahogada circulación.

El área de que disponían los arquitectos Adler y Sullivan, de Chicago, les ha permitido dividir su construcción en varias secciones á lo largo y á lo ancho y darla un desarrollo de 960 por 256 pies, ó sea 293 metros por 78, aparte de otros pequeños edificios accesorios.

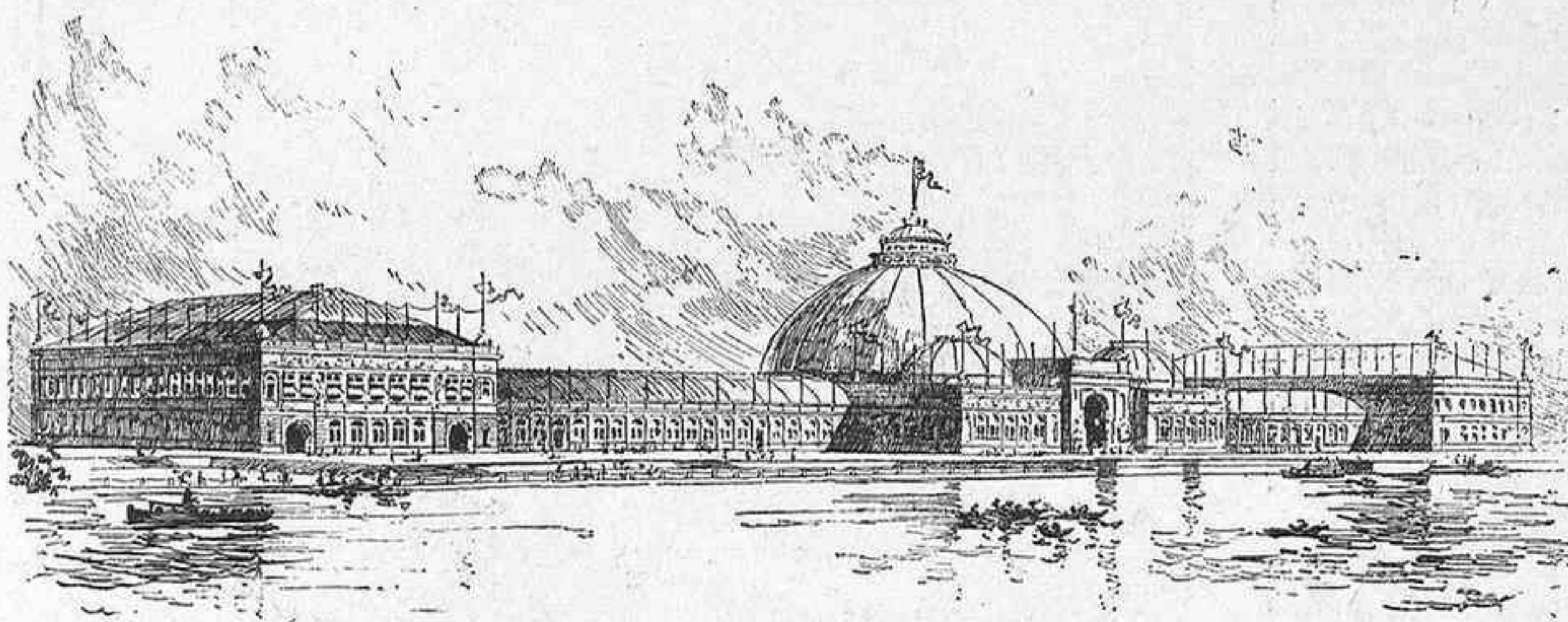
La nave central es la más anchurosa y su altura proporcionada á los objetos expuestos, que requieren considerable espacio vertical, y á uno y otro lado de ella hay dos galerías, por donde pueden correr vehículos y cuantos medios de transporte por tierra y agua ha sido posible colocar y clasificar allí. Cada galería, lo propio que la nave, están cubiertas con dobles te-

Estos ventañajes, las entradas, la ornamentación y el perfil general del edificio le comunican un aspecto de templo americano moderno, que adolece de cierta monotonía.

Lo más notable en cuanto á construcción y traza es la entrada principal, á la que los arquitectos han dado el nombre de «Puerta de Oro.» Inspirándose en

los pórticos de algunos monumentos de la India, como el de la gran mezquita de Delhin, ó del Tadhj-Mahal de Agra, han construído una entrada principal, que consiste en un pabellón rectangular de grandes proporciones, en cuyo centro se abre un elevado arco de medio punto de considerable diámetro, arco cuya abertura va disminuyendo interiormente merced á una serie de otros arcos de menor diámetro hasta quedar reducida la puerta á dimensiones regulares, pero que parecen pequeñas en comparación del gran desarrollo de la arcada principal.

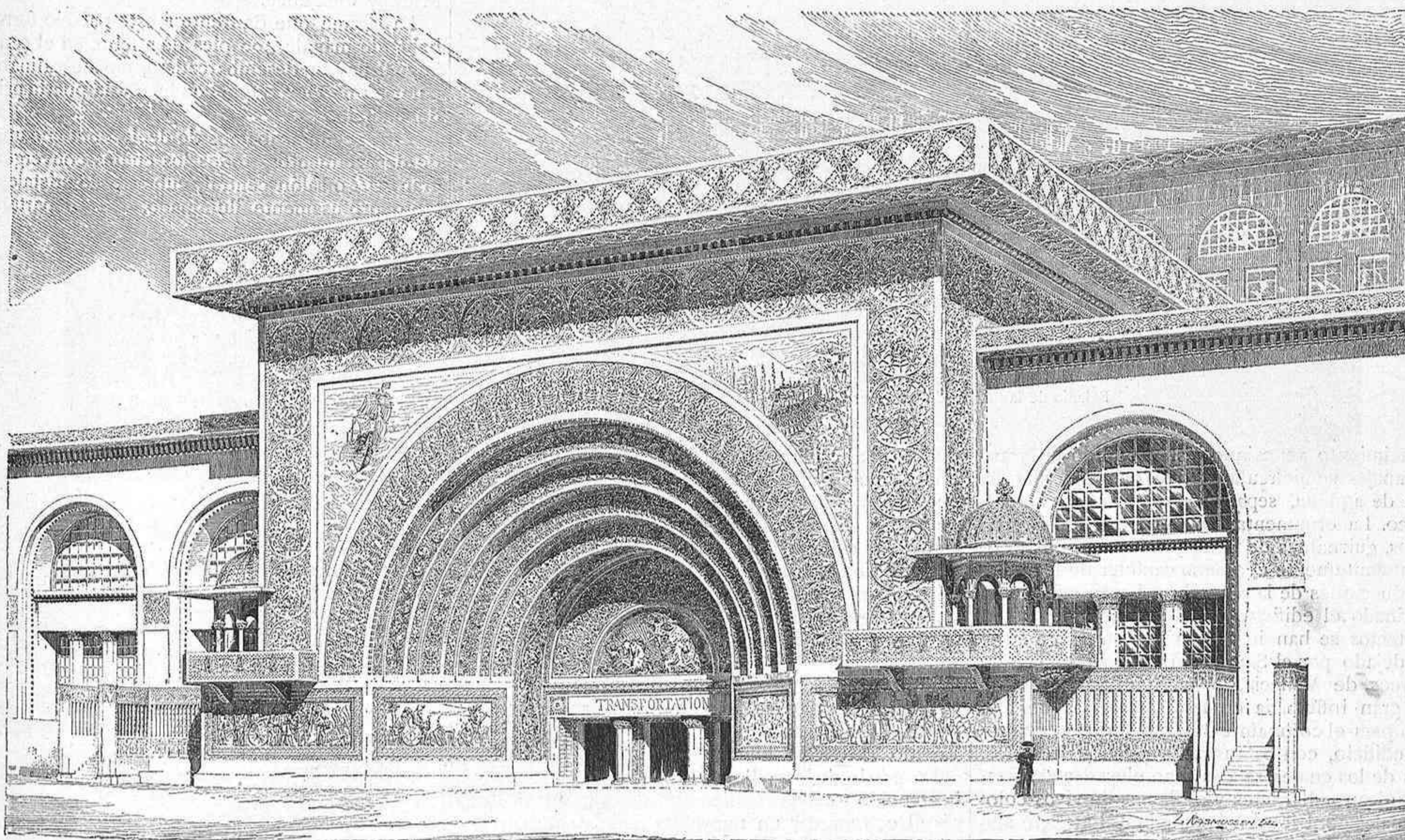
Todo este pabellón está cubierto de bajos relieves y arabescos de estilo más ó menos puro, representando los primeros los diferentes medios de locomoción usados desde la antigüedad hasta nuestros días. A uno y otro lado de esta entrada campean sobre ligeras terrazas dos elegantes y pequeños pabellones ó kioscos que son reproducción exacta de algunos dejados por los emperadores mogoles en la India.



Vista general del Palacio de Horticultura

chumbres de claraboyas, siendo la techumbre de la segunda bastante más alta que las de las primeras, de suerte que en los lados se han podido abrir grandes vidrieras semicirculares que iluminan suficientemente el interior del edificio.

La fachada de éste es sencilla y de amplias proporciones, corriendo á todo lo largo de ella espaciosos ventañajes análogos á los del techo de la nave central.



Puerta de Oro en el Palacio de Transportes

En la misma fachada y á ambos lados hay dos puertas de menores dimensiones, con arquivoltas historiadas y flanqueadas de pedestales que soportan grupos de estatuas apropiadas al edificio, de las cuales podrá formarse una idea por la del guardaguaja que reproducimos en nuestro número anterior.

El palacio de Transportes, en su conjunto, no es de los que más llaman la atención desde el punto de vista artístico; pero está perfectamente apropiado para su destino especial.

Los arquitectos Jenney y Mundie, de Chicago, á quienes se confió la construcción del palacio de Horticultura, han podido disponer para ello de un hermoso emplazamiento con un frente de 1.000 pies que mira á la laguna, y formar jardines ornamentales y parterres entre esa larga fachada y la orilla del agua. La traza de este edificio consiste principalmente en una serie de galerías de 50 á 70 pies de anchura, cubiertas de cristales y acondicionadas de modo que contienen elegantes jardines, los cuales reciben la necesaria luz solar, á cuyo fin sólo se les ha dado 22 pies de altura. Como esta altura es solamente la tercera parte de la de los edificios adyacentes y era menester que el conjunto de este palacio no dejara de estar en relación con ellos, los arquitectos lo han conseguido agregando á los extremos Norte y Sur dos pabellones de elegante estilo florentino, de 50 pies de altura, y divididos en dos pisos, en los cuales no solamente se han colocado colecciones y modelos de botánica y horticultura, sino también espaciosos restaurantes con vista á los jardines.

Un tercer pabellón situado en el centro de la fachada, que sirve de entrada principal al edificio, está en conexión con una cúpula central de 180 pies de diámetro y cuya techumbre es de cristales. Este pabellón, como se ve en el grabado, está dividido en tres partes; la de en medio tiene un elegante pórtico, y las de los lados rematan en cúpulas más bajas que la central, armonizando con ella. El pórtico es un elevado arco triunfal, con un vestíbulo profusamente decorado con esculturas y bajos relieves, entre ellos el que representa «El sueño de las flores,» composición graciosa y bien entendida, cuya reproducción damos en este mismo número. Los dos pequeños pabellones cuadrados que, según acabamos de decir, flanquean este arco, están asimismo adornados con bajos relieves de estilo veneciano. En esta parte del edificio, lo propio que en toda la fachada, predomina el orden jónico, pero en mucha mayor escala, y el cornisamento del pórtico lleva un friso bastante más ancho que el de los pabellones angulares y enriquecido con bellas labores escultóricas, copia de las aplicadas por los maestros italianos en los monumentos de la época de los Césares.

El resto de la fachada, asimismo decorado, aunque la ornamentación responde más bien al gusto



Grupo escultórico del Palacio de Horticultura, que representa el sueño de las flores

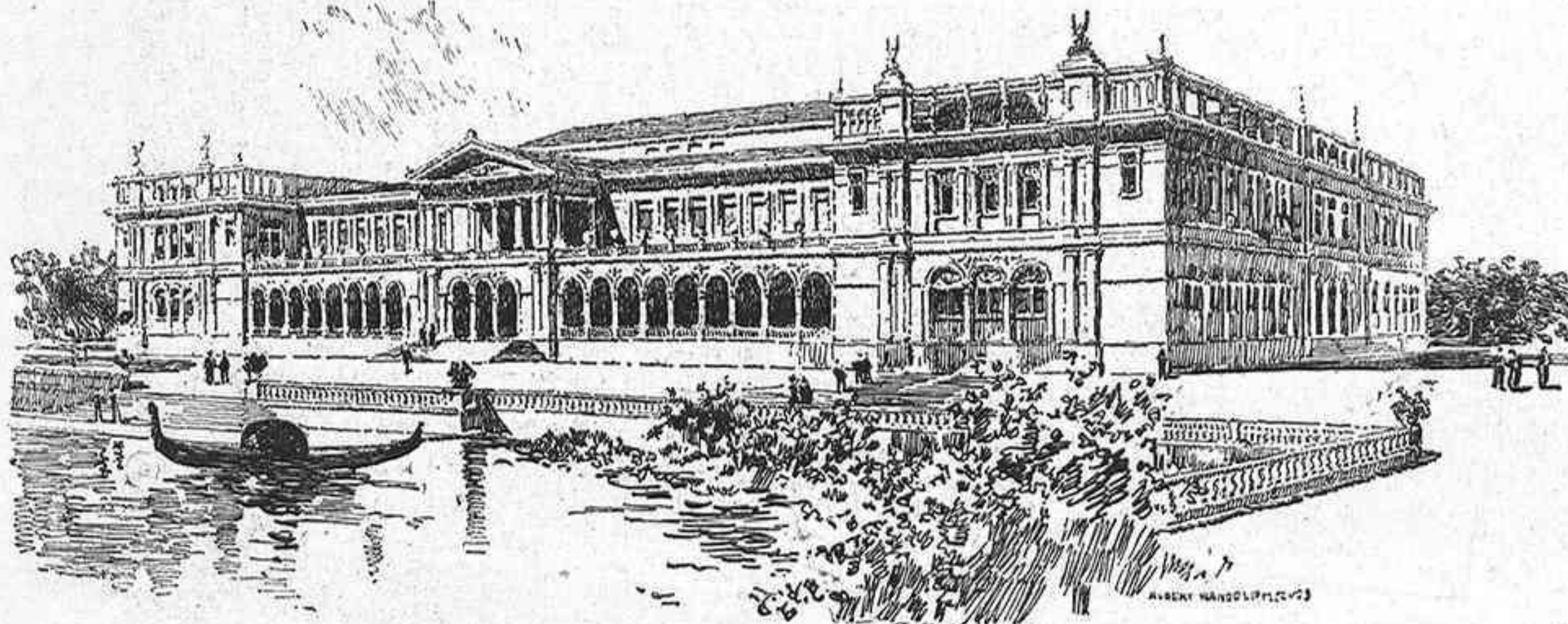
todas sus condiciones perfectamente á su objeto, y aunque su traza se diferencia bastante de la arquitectura, más severa, por decirlo así, de los edificios que lo rodean, no carece de la gracia y dignidad que deben acompañar á toda obra de arte de esta naturaleza.

En este palacio debe haber siempre exposiciones

las obras caritativas, en las que tan principal parte toma el bello sexo, un modelo de hospital y de jardín de recreo para niños, una exposición retrospectiva, salas de varias dimensiones para congresos femeniles, otras para conferencias, bibliotecas y oficinas. Todos estos departamentos están contenidos en un área de 400 pies de largo por 200 de ancho, contigua por el Norte al palacio de Horticultura y en el eje de Midway Pleasance.

La laguna que da frente á este palacio forma una bahía de más de 400 pies de ancho, en el centro de la cual hay un desembarcadero, cuya escalinata va á parar á una terraza que conduce á la puerta principal del edificio.

Este, según acabamos de decir, contiene una serie de departamentos, todos los cuales convergen á un gran hall ó salón central, cubierto de cristales y por tanto profusamente iluminado. Los departamentos



Palacio de las Artes de la Mujer

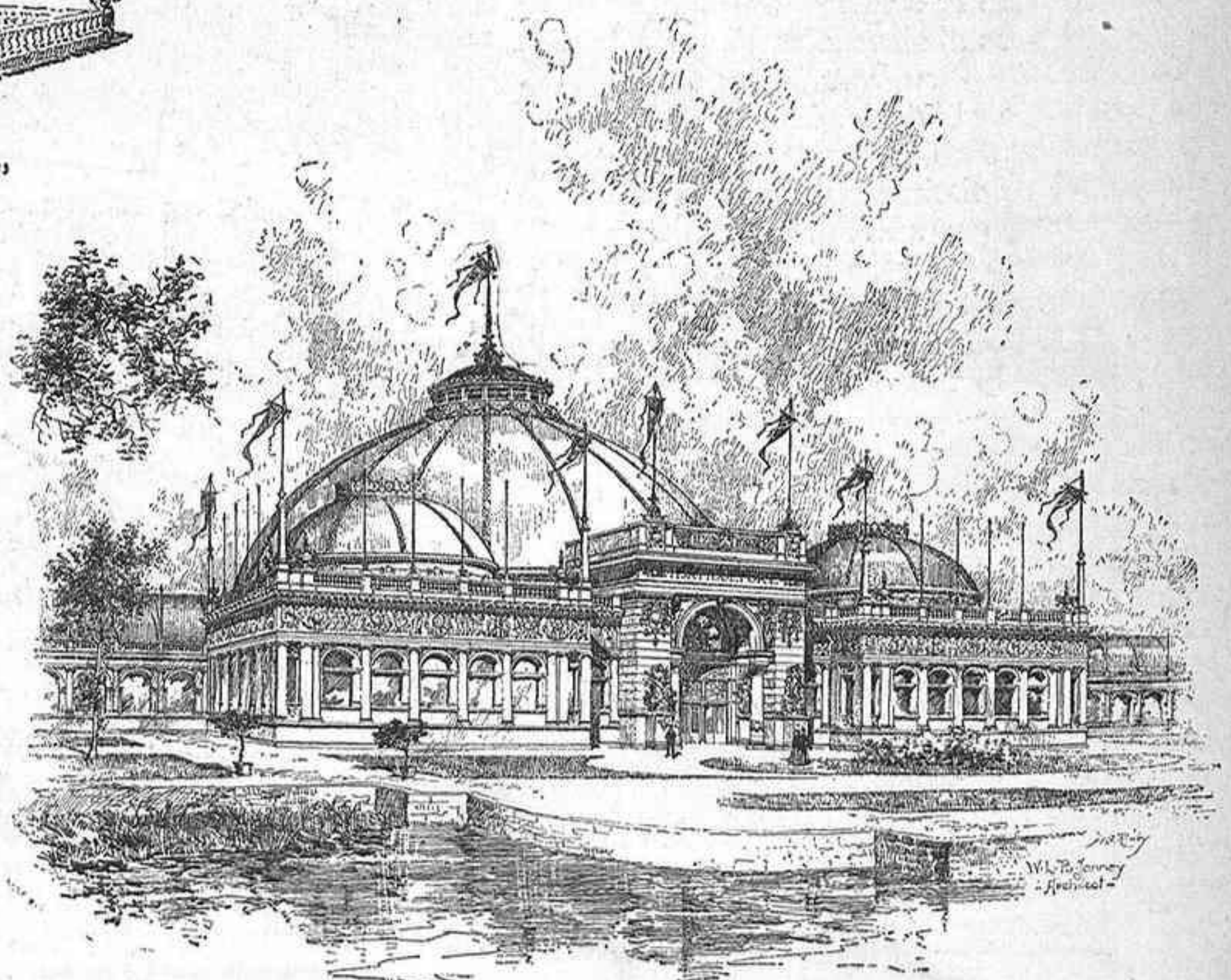
del Renacimiento veneciano, está dividido en grandes ventanajes semicirculares que ocupan casi toda la altura de aquélla, separados por pilastras de orden jónico. La ornamentación del friso consiste en amocillos, guirnalda de flores y festones, que atestiguan abundantemente el ameno carácter de los objetos y producciones de la naturaleza á cuya exhibición está destinado el edificio. En dicha ornamentación los arquitectos se han inspirado discretamente en el ejemplo dejado por el Sansovino en la Biblioteca de San Marcos de Venecia, ejemplo que debe haber ejercido gran influencia en la disposición que han adoptado para el coronamiento, característico de este elegante edificio, con balaustradas y bellos remates, en varios de los cuales se destacan elevadas astas en las que ondean gallardetes y oriflamas de vivos colores, los cuales contribuyen á aumentar el aspecto alegre de la construcción que nos ocupa.

En suma, el palacio de Horticultura responde por

florales al aire libre, y en su interior hay varios estanques reservados para las ninfas y demás especies acuáticas, así como grandes espacios destinados lo mismo para las plantas comunes que para las excentricidades de la flora cultivada.

La parte escultórica y ornamental de este edificio ha sido confiada al escultor Loredó Taft, de Chicago.

Lo que desde luego llama la atención y excita el interés al contemplar un nuevo edificio de esta Exposición, el destinado al traba-



Cúpula central y pórtico del Palacio de Horticultura



SAN CRISTÓBAL, cuadro de Pedro Stackiewicz

están divididos en dos pisos, rodeado el superior de galerías que dan al salón central, como los arcos que suele haber alrededor de los antiguos patios italianos. Tanto las habitaciones del primer piso como las del segundo reciben luz del salón central y de las grandes ventanas que dan á la fachada.

La parte exterior del palacio de las Mujeres recuerda el estilo de las antiguas villas ó suntuosas quintas del Renacimiento italiano. Entre un pabellón central y dos angulares corre en la planta baja una espaciosa galería porticada, mientras el piso superior, algo reentrante y dejando por consiguiente una azotea formada por la techumbre de dicha galería, consiste en un lienzo de pared con grandes ventanas. La

entrada central se compone de tres arcos semejantes á los de la galería, y sobre ellos hay una columnata de orden corintio coronada por un frontispicio adornado de bajos relieves y en conexión con la azotea á que nos hemos referido.

El mismo estilo se ha adoptado en los pabellones angulares y en las entradas laterales, los cuales en lugar de columnas tienen anchas pilastras y están coronados por una balaustrada, en algunos de cuyos pedestales campean altas estatuas.

El carácter general de este pabellón es, por decirlo así, más bien lírico que épico; pudiendo á pesar de esto asegurarse que el palacio de las Mujeres ocupa dignamente su puesto en la Exposición con cierta

gracia modesta en armonía con su uso y con la índole de su autora.

Después de una competencia, en extremo encarnizada, entre los escultores del bello sexo de la Unión, se otorgó la ejecución del frontispicio de la entrada principal y la de las estatuas y esculturas que adornan el resto del edificio y los jardines á la señorita Alice Rideont, de San Francisco de California. Huelga asegurar que estas esculturas son otros tantos emblemas del gran trabajo de la mujer en el mundo, y que la crítica no puede menos de reconocer en ellas todas las nobles y poéticas cualidades de arte de que siempre ha dado pruebas.

M. A.

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII.

VI. - EMPAREDADO

La parte más ardua y delicada del encargo confiado por la república a Simón estaba cumplida: la firma del hijo había arrastrado a la guillotina a la madre, cubierta de ignominia y saturada de hiel. Faltaba sólo concluir la obra, suprimiendo la frágil existencia cuya prolongación alentaba el heroísmo de los insurrectos vendeanos. No era empresa que requiriese gran derroche de habilidad; sólo exigía tener, en vez de la víscera que llamamos corazón y donde la piedad suele encontrar albergue, una piedra, un durísimo guijarro. Simón parecía revestido de cuanta ferocidad requiere el oficio de matar lentamente a una criatura; sin embargo, su condición de ser perteneciente a la especie humana constituía un obstáculo impensado: ahí tropezó la consigna de los jacobinos.

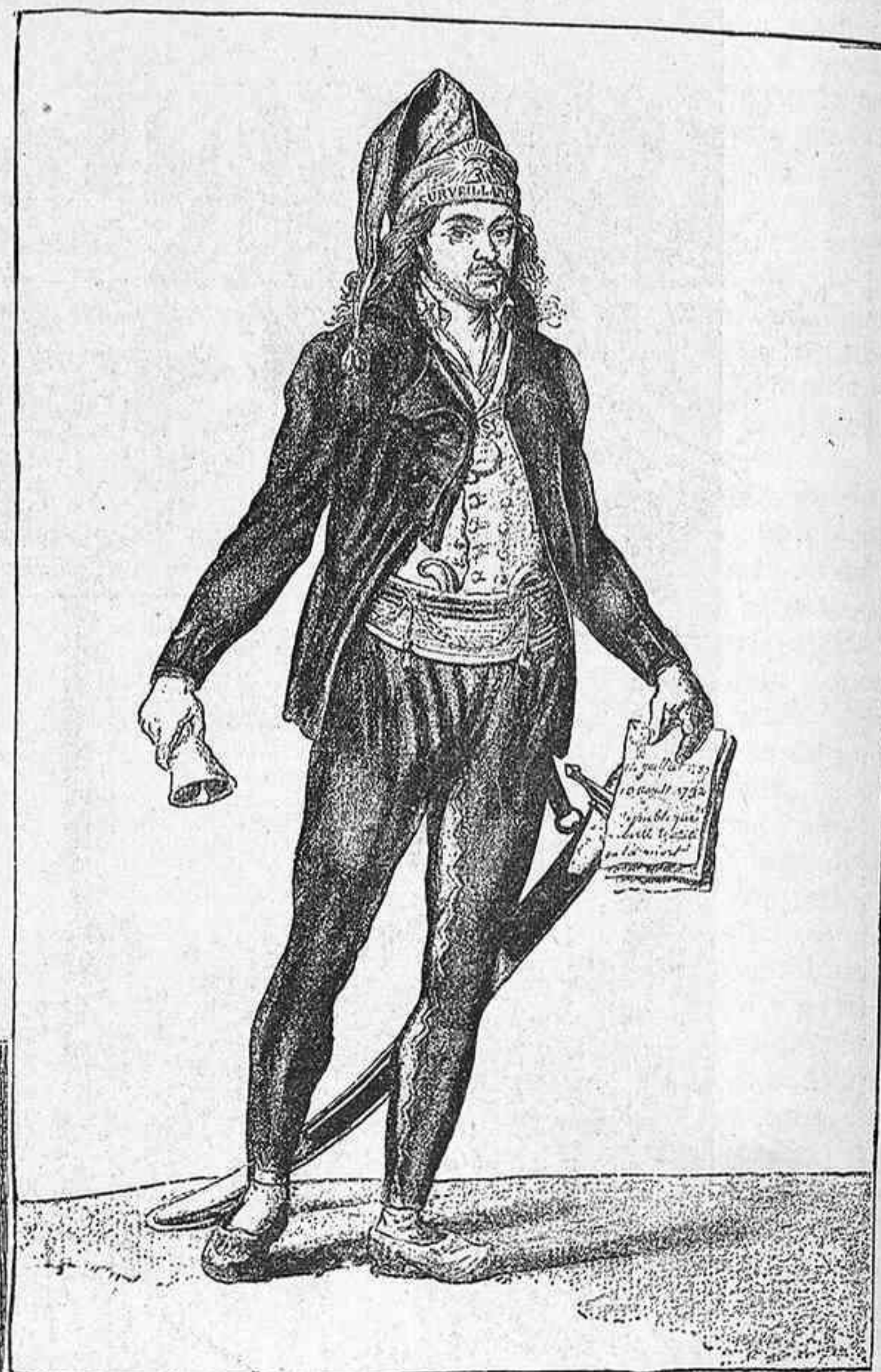
En primer lugar, Simón había llegado a aburrirse del encierro y a hastiarse de su inconcebible papel. Que en un momento de frenesí ó de borrachera puedan cometerse las mayores iniquidades y llegar hasta la antropofagia, como llegaron los que guisaron y comieron el corazón de la princesa de Lamballe, no significa que un día tras otro y a sangre fría sea factible prolongar el martirio de un ser indefenso. En honra de la humanidad es preciso reconocer que las heces añejas de la crueldad y de la ira le provocan náuseas. Simón desfalleció ante la atroz tarea. - Por lo que hace a la mujer del zapatero, ya desde el primer día mostró

mana, acusándolas de inteligencias con conspiradores, de ocultación de falsos asignados y de otros delitos no menos imaginarios y absurdos. El procedimiento era sencillo: se escribía la delación, y al niño, beodo, se le cogía la mano y se le llevaba para que firmase. El carácter de letra de la firma delata sobradamente esta violencia.

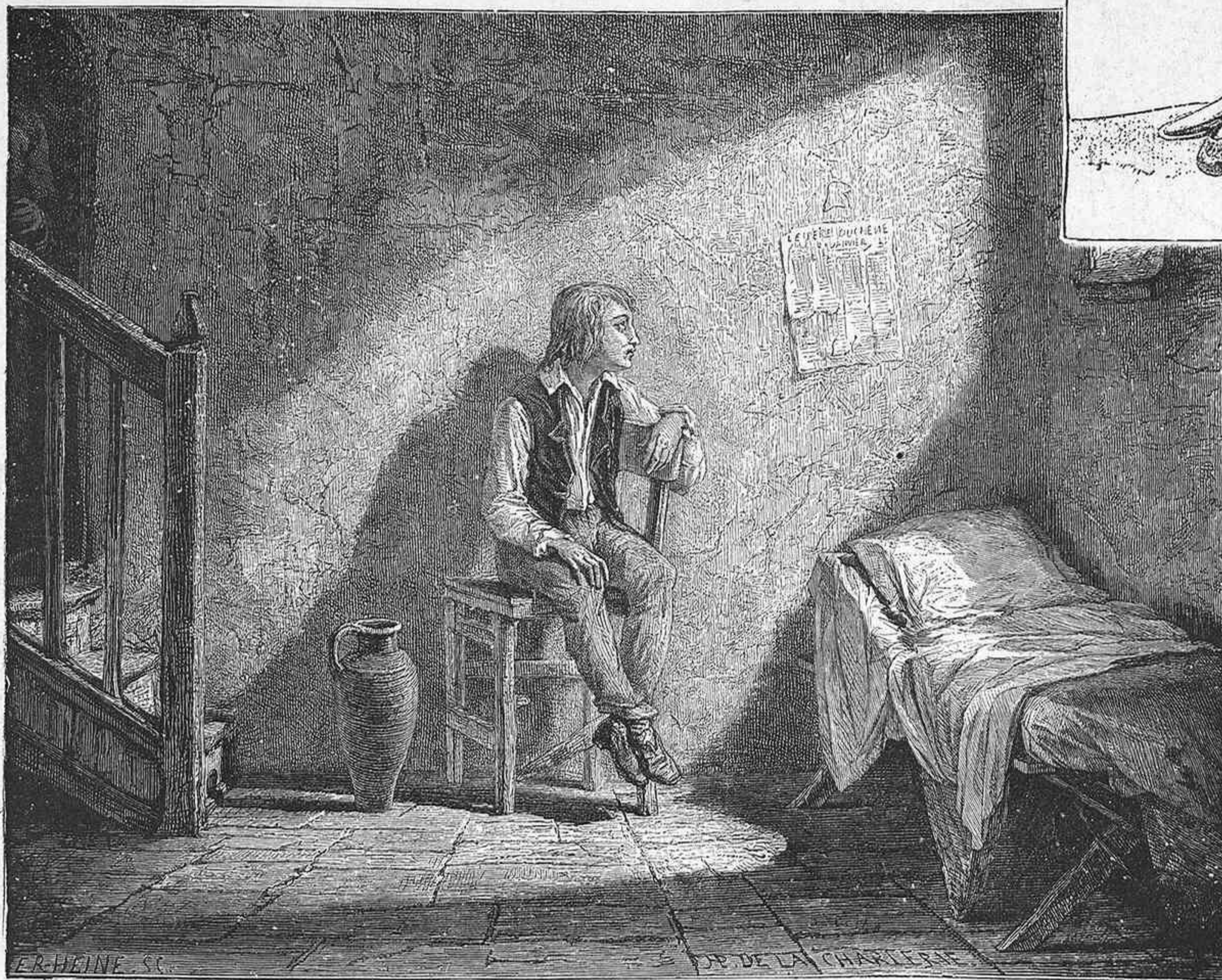
Entre los historiadores de Luis XVII, algunos aseveran que, obligado por la fuerza a firmar papeles cuyo contenido no entendía, pero cuyo sentido y objeto presentía confusa y dolorosamente, el niño, no teniendo otra forma para protestar, se encerró en un silencio absoluto. Ni amenazas ni palizas pudieron sacarle de aquel mutismo, último baluarte de la desesperación. Es, en efecto, la palabra manifestación suprema de la sociabilidad; nos pone en contacto con nuestros semejantes y hasta con los irracionales: al perro, al caballo, al pájaro favorito le decimos palabras cariñosas, y nos oyen y nos entienden y nos corresponden a su manera. Pero el infeliz niño podía creer que se había acabado ya el género humano y hasta los irracionales que aman al hombre, y que sólo quedaban en el mundo las hienas. A las hienas no se les habla.

Aquella actitud pasiva, aquella sumisión, aquel niño petrificado, encogido, inmóvil en un rincón de su cárcel, no daban tela al zapatero-verdugo. No había ni pretexto para las acostumbradas mofas, para los cotidianos puntapiés. Lo único que sacó de su

por milagro obtenido en una hora de benevolencia de Simón. A la primer visita de comisario, no sólo fueron recogidos los pajarillos, sino que en la cinta rosa atada a la pata del favorito se vió un alarde aristocrático: de aquí procedió el nombre de *conspiración*



Tipo de un jacobino (1)
(Copia de un dibujo de la época)



El delfín en su encierro en el Temple

que en su tosca y plebeya alma había algo que se parecía a la compasión. No se sabe que haya pegado ni dicho palabras brutales al prisionero.

Puede sospecharse que la misma ferocidad de Simón procedía del tedio que le causaba el encierro y del deseo de que se acabase pronto tan sombría y desconsolada faena. Cierta día que el municipal Barrele, por raro caso apiadado del niño, indicaba a Simón la conveniencia de tratarle más benignamente, el zapatero contestó vendiéndose: «Yo sé lo que hago y por qué lo hago. Otro en mi lugar se daría más prisa.»

Para entretener su fastidio creciente, Simón, de noche, arma orgías con los demás municipales, y en ellas interviene el rey niño, escarnecido y depravado ya. Otro solaz del ayo fué hacer que su alumno declarase nuevamente, no contra su madre, porque ya la habían degollado, sino contra su tía y su her-

atónia a la criatura prisionera fué el incidente que los revolucionarios triunfantes llamaron *la conspiración de los canarios*. Existía en el guardamuebles del Temple un canario mecánico, que volaba, sacudía las alas y hasta cantaba una canción realista. Dos ó tres empleados del Temple, compadecidos del abatimiento del niño, recabaron de Simón que le diese el pájaro. Hubo que componerlo, y ya compuesto, el prisionero lo recibió con entusiasmo; pero al convenirse de que no era un pájaro de verdad, cesó de hacerle caso: no lo miró siquiera. Entonces, Meunier, que en secreto se interesaba por el niño, le trajo unos cuantos canarios de verdad, entre ellos uno enseñado, y el ave gentil triunfó de la melancolía de Luis Carlos: ¡tan fácil es el consuelo en la niñez! Inseparables el ave y el niño, estaban todo el día jugando y halagándose. Poco había de durar aquel consuelo

dimisión de su cargo, optando por el de «consejero general» incompatible con el puesto bien retribuido que disfrutaba en el Temple. Dice al llegar aquí un elocuente biógrafo del rey niño: «La miseria incalculable de la opresión que Simón ejercía, no es más que el prólogo del suplicio de Luis XVII. Falta lo más terrible: hasta ahora el niño luchó con el hombre; pero

(1) En la parte anterior de la gorra se ve bordado un ojo abierto y debajo la palabra *Surveillance*, emblema de la sociedad cuyos miembros se llamaban *celadores* (vigilantes ó síndicos) de la autoridad. Sobre el pecho cuelga una medalla que le da a conocer como miembro del club de los jacobinos. La campana que lleva en la mano derecha significa que está pronto a tocar á rebato á la primera sospecha de peligro que pueda amargar á la patria. En los papeles que tiene en la mano izquierda están escritas las fechas de 14 de julio de 1789 y 10 de agosto de 1792. En el cinturón se ven dos pistolas, y pendiente del mismo un gran sable. Por calzado lleva los característicos zuecos de madera del campesino francés.

va á luchar contra la soledad.» Había en el Temple un cuarto oscuro, donde se alojaban anteriormente Clery y la mujer de Simón. Semiprivado de ventanas que dejasen pasar el aire puro y la luz del cielo, pues solo tenía unos ventanucos que se cerraron y obstruyeron *ad hoc*, el que iba á ser calabozo del niño recibía por un caño las pestíferas emanaciones de los retretes. Cuando

el espinazo está derecho, la sangre rebosa hierro, el músculo adquiere solidez de mármol, los ojos brillan, las mejillas atezadas adquieren arbol de manzana sanjuanera, la boca ríe, y el incesante juego delata la necesidad de expansión y el equilibrio de la salud. Pues bien: antes que la medicina racional investigase el modo de fortalecer á los niños débiles, la revolución

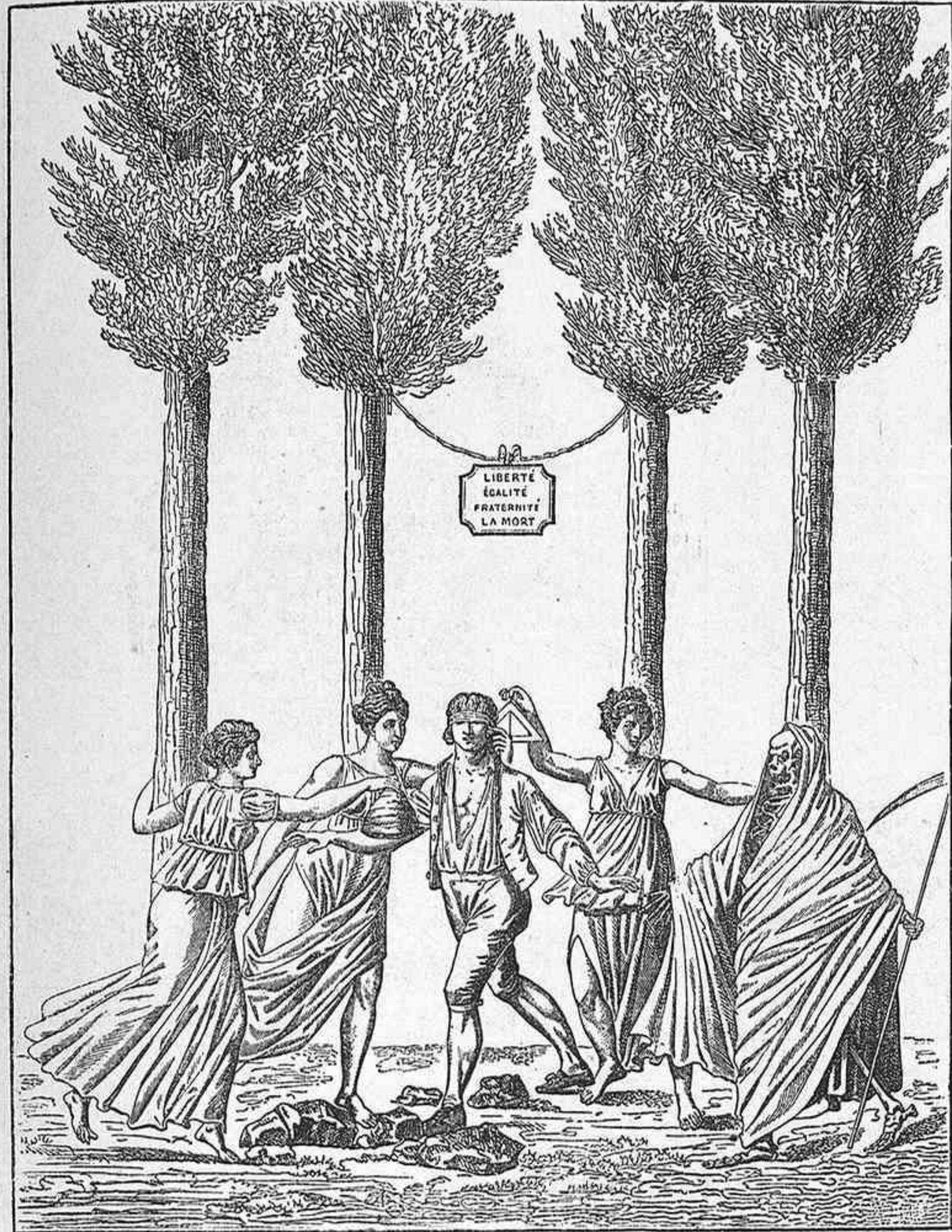
había averiguado el otro término del problema, ó sea el modo de acabar sin ruido ni violencia con un niño de naturaleza privilegiada — tan privilegiada que había resistido al método pedagógico de Simón. — Lo que no habían hecho los golpes, los denuestos, el alcohol, la depresión moral y la tortura física, lo podían hacer el lento envenenamiento del aire respirable, la privación de luz, la roezón de la melancolía y del tedio, los fantasmas de la soledad, y la escrófula segura, infalible, la escrófula que disuelve las carnes y convierte en pus el licor de las venas.

Están conformes los pedagogos modernos en que el castigo llamado del *cuarto oscuro* es peligrosísimo cuando se aplica á niños nerviosos, sensibles, que padecen de miedos y espantos. Cuatro horas de *cuarto oscuro* pueden depositar en el tierno cerebro los gérmenes de la demencia. La revolución sentenció á Luis Carlos de Borbón á *cuarto oscuro* perpetuo; entregó á aquella criatura al terror indefinible, emparedándolo vivo y dejándole á solas con las tinieblas, el silencio y la fetidez de su lúgubre prisión. Mientras el rey niño se pudría sobre la paja de su camastro, en la plaza pública funcionaba á más y mejor la guillotina, con tal actividad que fué necesario presentar una moción para

que se evitase que los perros vagabundos acudiesen todos los días á abrevarse de la sangre que formaba un lago al pie del patíbulo. Sin embargo, al lado del martirio del niño, la guillotina apenas infunde horror. Muerte al fin rápida, no cabe equipararla á la agonía pausada, sorda, continua, del inocente.

En la perpetua penumbra en que vegetaba Luis XVII, casi no podía saber cuándo era de noche. Sabíalo porque una voz dura y bronca le gritaba, á cierta hora, que se acostase. No se le prescribía ocupación alguna: se le había privado de libros, de juguetes, de utensilios; tenía una escoba para barrer el cuarto, pero sus brazos enflaquecidos ya carecían de fuerzas para manejarla: las inmundicias se amontonaban, el ambiente era de pútrida sentina, y el prisionero respiraba letales miasmas que emponzoñaban su pulmón. Los restos de la miserable comida, los mendrugos de pan abandonados, atraían á las ratas, que ya pululaban en el calabozo y que de noche compartían el lecho del pobre emparedado, mordiéndole cruelmente cuando no tenía fuerza para rechazarlas. Arañas asquerosas, descolgándose de la pared, caían sobre el escuálido rostro: el frío de sus patas sutiles le hacía estremecerse al principio; después ya ni intentaba sacudirse el repugnante insecto. El cuerpecillo y la cabellera del preso eran nido de sucios parásitos: la miseria se comía al nieto de San Luis. El niño ya ni lloraba; las lágrimas se habían agotado en los ojos casi ciegos por la adaptación á la obscuridad y por tanto como lloraran en otros días. No podía andar: lleno de llagas cancerosas y tumores fríos, se arrastraba á la reja cuando las voces injuriosas de los inspectores le llamaban para cerciorarse de que «no se había evadido el *lobezno*.» Y sin embargo, aún no venía la muerte...

Sabia providencia fué la de demoler el Temple; porque manchaba á Francia y eclipsaba cuanto pudo tener de beneficioso el regimen nuevo aquel calabozo, aquel cubil, aquel *in pace* de la Inquisición revolucionaria, donde se consumió Luis XVII.



Facsimile de un grabado de la época de la Revolución que representa á un ciudadano francés buscando la libertad, la igualdad y la fraternidad que se burlan de él; y mientras se esfuerza en vano por lograr su intento, está expuesto á encontrarse en brazos de la muerte.

digo calabozo, debiera decir tumba, porque Luis XVII no fué encerrado, sino emparedado allí. En efecto, la puerta quedó, no cerrada, sino condenada por medio de fortísimos clavos y sólidas barras de hierro: á la altura de una cancilla fué serrada la madera y sustituida por reja espesa y doble. Una especie de torno, segurísimo también, servía para presentar al cautivo el alimento. Por allí devolvía él los platos vacíos y la ropa sucia. La única y dudosa claridad que penetraba en la tumba de Luis XVII era la de ahumado reverbero colgado frente á la reja por la parte exterior. Un tubo de calorífero, pasando por entre la reja, tenía por oficio calentar el encierro. Lo malo es que los encargados de encender el calorífero, unos días no lo encendían porque se les olvidaba, y otros lo cargaban hasta tal extremo, que el niño estuvo á punto de perecer asfixiado.

Así quedó establecida la situación de Luis XVII. Soledad, obscuridad é incomunicación absoluta; ni una voz, ni un rostro de hombre: manos desconocidas que depositan en el reborde del torno una escudilla: sombras que pasan y ni se distinguen de la penumbra de la mazmorra. — Por singular coincidencia ó por refinado ingenio de los atormentadores, Luis XVII estrenó su sarcófago el aniversario de la degollación de Luis XVI: el 21 de enero de 1794.

Una de las positivas adquisiciones científicas de nuestra edad es la higiene de la niñez. El cultivo de la tierna planta humana ha hecho progresos admirables, y hoy sabemos que el niño, para criarse fuerte, alegre, robusto y lleno de inteligencia, necesita ejercicio, oxígeno, gimnasia, luz, el estimulante poderoso del calor solar, el tónico vigoroso de las auras salobres en que el mar parece ofrecer á nuestros pulmones su vitalidad generadora y su bullente energía. Hoy se coge á un niño empobrecido, raquítico, exhausto, de piernas como hilos y pesada cabezota, de tejidos blanduchos y huesos inconsistentes, y se le lleva al sanatorio, enclavado en la playa, oreado por áspera brisa que huele á yodo, y á los pocos meses

VII. — TERMIDOR

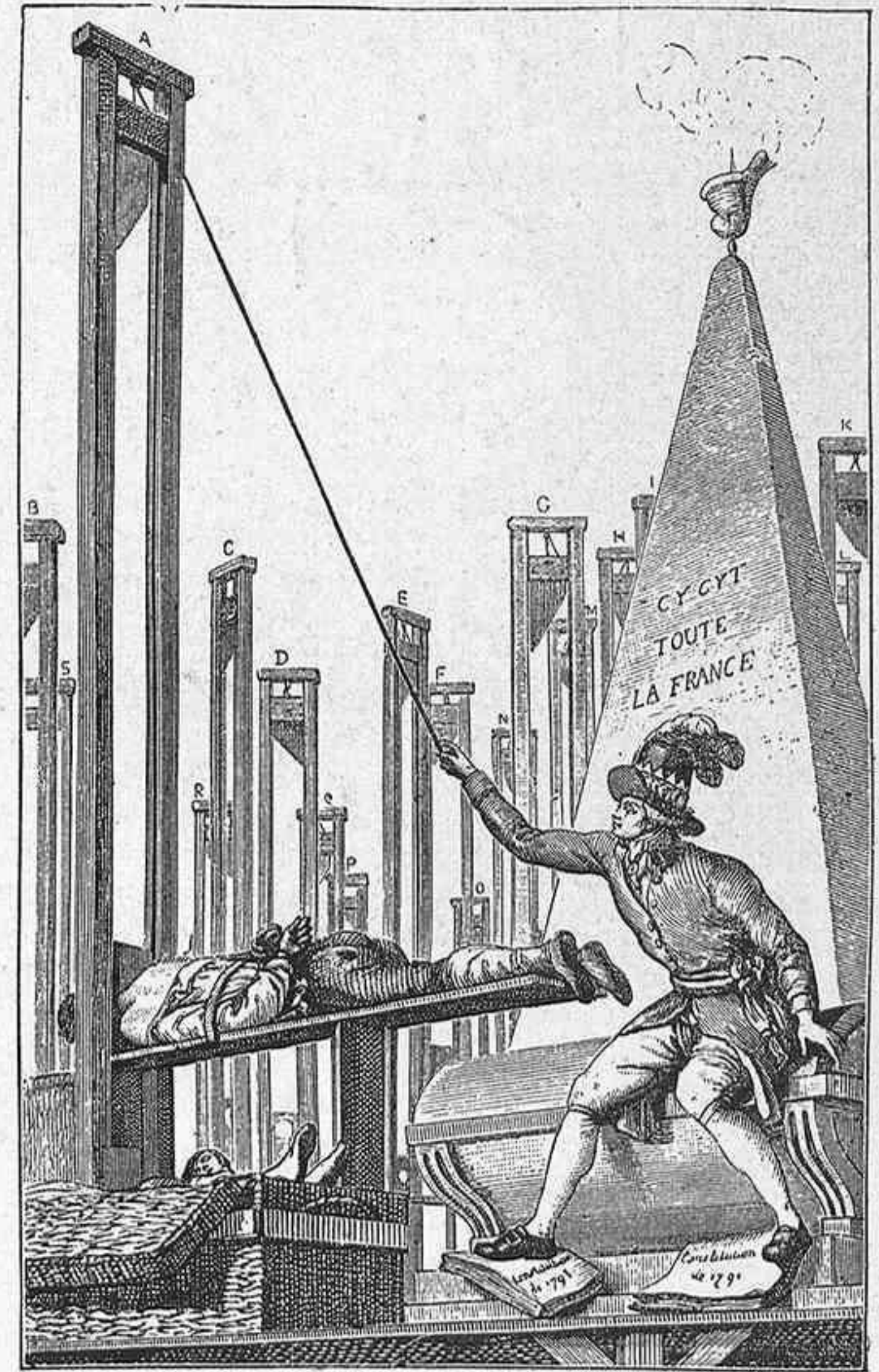
Espanta ciertamente pensar en los sufrimientos físicos del niño emparedado, pero estremecen más aún los morales. Porque en criatura tan delicada, sensible y afectuosa, con edad suficiente para percibir todos los horrores del abandono y la miseria, y sin la edad que se requeriría para luchar con la situación y dominarla en lo posible, el estado del ánimo debió de ser infinitamente más lastimoso que el del cuerpo.

El adulto abrumado por la desdicha á veces la considera expiatoria; la explica por antecedentes. Pero ¡qué misterio tan inconcebible para la débil razón de un niño el de aquel martirio siempre creciente y cada día más intolerable! Sin duda que cuando Luis XVII palpitaba en las garras del zapatero Simón, debió de creerse el más infeliz de los humanos. ¡Quién le diría que en la fétida tumba donde le encerraron echaría de menos — y así tuvo que suceder — los puntapiés del zapatero jacobino!

Hay en nuestra historia un episodio que recuerdo involuntariamente, mientras escribo, la tristísima vida del hijo de Luis XVI. Es el suplicio del santo niño de la Guardia, aquella tierna criaturita á quien los judíos hicieron padecer las torturas y ultrajes de la Pasión de Jesús, y que la Iglesia cuenta entre sus gloriosos mártires. El crucificado de la Edad media, en los sudores y bascas de su agonía, seguramente fué más dichoso que el emparedado del siglo XVIII. Su pasión fué más corta: su espíritu no llegó á desfallecer, pues veía abrirse los cielos y oía los cánticos de los ángeles. Pero en la interminable subida al calvario de Luis XVII, ni el entusiasmo embriagador de la fe pudo ofrecer á sus desecados labios el brebaje de adormidera que embota el dolor.

¿Qué pensaría la desdichada criatura en la profundidad de su nicho? ¿Qué diálogo entabló con el Dios en quien le habían enseñado á creer desde la cuna, del cual nadie le hablaba en los años del suplicio, y cuya eternidad única afirmó un día enérgicamente bajo el látigo de Simón? ¿Cómo rezó, cómo se resignó aquel inocente? ¿Por qué fenómeno de reflexión prematura, como fruto madurado á deshora por el infortunio, germinó en él el acerado estoicismo que le veremos demostrar, y á la vez el ansia infinita de la muerte libertadora?

Hubo días en que hasta el mezquino sustento, el



Facsimile de un grabado de la época que representa á Robespierre ejecutando por su propia mano al verdugo, después de haber hecho guillotinar á todos los franceses.

pan y agua del calabozo, faltó á Luis XVII. ¿Descuido ó refinamiento de barbarie? No se sabe; lo cierto es que cuando no le echaban su pitanza, el niño no la pedía: ni un gemido salía del hediondo zaquizamí. La queja y el llanto de las criaturas son una muestra de espontaneidad y vida: para que el niño calle teniendo hambre y miedo, pensad qué espantosa de-



VÍCTIMA INOCENTE, cuadro de D. Carr



EN EL BAÑO, cuadro de Fred Morgan

presión sufrirá su atribulado espíritu. Hay detalles que dudo si debo recordar, porque acaso su exagerado horror los hace inverosímiles. En seis meses el niño sólo se mudó dos veces la ropa interior; y como ya las fuerzas le faltaban, acabó por no desnudarse sus harapos, y por no poder andar el pasillo que conducía a la letrina del calabozo. Un marmitón de las cocinas del Temple, que miró al través de la reja con curiosidad de ver al prisionero, apartó horrorizado la faz. «¡En ese cuarto no hay cosa que no rebulla!» exclamó, viendo el confuso hormiguelo, el corretear de ratones, arañas y avechuchos. Lo único que no rebullía era el preso, tendido en la cama, rendido a la modorra y al ensueño febril. Como ningún lamento salía del fondo de aquella tumba, lo más doloroso de esta tragedia sólo puede suponerse, no referirse.

Mientras la inteligencia del niño se extinguía y su cuerpo se pudría lentamente, fuera del Temple poquísimas personas conocían su verdadera situación y el género de muerte a que se le condenaba. Sabían el hecho del cautiverio, no el modo. Hágase esta justicia a una nación entera: los Chaumette y los Hebert, los terroristas y los bebedores de sangre, que ostentaban a la faz del mundo, con afectación y alarde teatral, la guillotina, ocultaron el atentado siniestro en la sombra y el sigilo que sirven de manto al crimen, y los que no calaban el espesor de los viejos muros contemporáneos de Felipe el Hermoso, pudieron ignorar aquella iniquidad suprema. Verdad que el Terror, en su período álgido de homicida demencia, oprimía a París: que las procripciones arreciaban: que nadie se atrevía ni a respirar: que el amigo temblaba a la denuncia del amigo, el padre a la del hijo: que, para coronar la obra, los dueños de la nación «decretaban la alegría», y declaraban que a los aristócratas se les conocía en la *cara larga y tétrica*.

No podía ya prolongarse estado tal de violencia y susto. Vino Termidor, y Barras estableció situación más tolerable sobre las cortadas cabezas de Robespierre, Couthon, Hanriot, Saint Just y demás fieras con rostro humano. En la misma hornada que Robespierre, en la propia carreta, al lado del *incorruptible*, iba el zapatero Simón, el verdugo de Luis Carlos. Cuando pasaba la carreta por la calle de San Honorato, una señora joven, linda, de dulce expresión, lanzó sobre Robespierre que ya casi no podía oír (porque tenía rota la mandíbula y un ojo saltado del pistoletazo con que quiso precaver el patíbulo), y en tono sañudo le gritó: «¡Monstruo, descende al infierno cargado con la maldición de todas las madres!» ¿Pensaría aquella dama en el rey niño?

Sea como quiera, Termidor iba a repercutir en los muros del Temple. — Tenía por entonces Barras un amigo, criollo de la Martinica, llamado Laurent. Ardiente republicano, joven aún, culto y afable, Laurent alimentaba veheméntísima pasión por las flores y la jardinería. Afición tan pacífica y dulce, que agrada pensar que Luis XVII — otro aficionado a la floricultura — va a caer en manos de Laurent, nombrado por Barras, el 11 de Termidor, *custodio de los hijos del Tirano*.

No podía sospechar Laurent, al entrar en el Temple y dirigirse, en ejercicio de sus funciones, a la prisión de Luis XVII, que iba a hacerse cargo de un espectro. Al mirar por la reja; al advertir el olor a cementerio que salía del cubil; al oír la voz extinta de la criatura, que a la pregunta «¿Capeto, estás ahí?», contestaba un *sí* imperceptible, el corazón del mozo republicano tembló en el pecho. Muchos años después de tan lastimosa escena, confesaba Laurent que al ver a Luis XVII «había pensado en Dios.»

El custodio se dió prisa a reclamar, a entrar al Comité de salud pública del estado del niño. Acudieron los comisarios y mandaron forzar la reja y abrir la puerta. Hízose así, no sin ruda labor, y la tumba del emparedado quedó franca, y pudo verse al Job infantil, tendido en su lecho, ó por mejor decir, en el asqueroso conjunto de harapos que de lecho le servía. Pudo verse su carita lívida, sus ojos extraviados, su cabeza que parecía una gusanera, sus miembros deformados por las escrófulas y sus llagas ulceradas y cruentas. Ni el abrirse la reja, ni el caso extraordinario de entrar en su tumba seres humanos, sacó de su marasmo al rey niño. Apenas se volvió, mirando de reojo a los que se inclinaban sobre él transidos de espanto. Al lado de su cama vieron los comisionados intacta la pitanza del prisionero. «¿Por qué no comes?» preguntaron compadecidos. Luis XVII callaba. Un comisionado viejo, en tono afectuoso, insistió: «¿Por qué no has comido?» Y el niño, sin levantar la cabeza, con glacial serenidad respondió: «Porque quiero morir.» Ya no pudieron sacarle otra palabra.

¡Tenía nueve años! Y por la senda de espinas había llegado a aquel propósito de *hombre*, de hombre

mártir, de hombre héroe: sin lágrimas, sin quejas, sin protesta alguna, Luis XVII quería morir.

Diríase que palabras tan profundamente tristes no pueden ser sobrepujadas en amargura. Sin embargo, pronunció después otras más hondas, más trágicas aún.

Es el caso que, desde la bienhechora visita de la comisión, la suerte de la criatura había cambiado. No se le volvió a emparedar: a la reja sustituyó una puerta: cárcel, no sepulcro. Oreada, barrida y limpia, la cárcel se hizo habitable. Al desenterrado se le dió el refrigerio del baño, el puro goce de la fresca ropa blanca, los cuidados del médico que le curaba las úlceras, el aseo del pelo cortado y bien peinado, el honor de un traje fino y decoroso. Y apenas el niño se convenció de que ya estaba fuera del pudridero y que Laurent le mostraba compasión, se desató su lengua muda hasta entonces y preguntó con sincerísimo asombro: «¿Pero por qué me cuida usted a mí?» ¿No es cierto que esta frase es todavía más triste que el «quiero morir» de la estoica víctima?

Bajo el poder benigno de Laurent fueron otorgadas al niño algunas alegrías que nunca pensó probar más. Alegrías que cualquier gurriato descalzo disfruta a toda hora, pero que a Luis XVII se le habían vedado, al sentenciarle a perecer enterrado vivo. Un paseo por la plataforma de la torre; un poco de aire libre y directo; la vista de un árbol; el canto de un pajarillo posado entre sus ramas... ¡para el prisionero qué fiesta! Otro día no fué un ave canora, sino un regimiento estrepitoso, con sus tambores y cornetas, sus pífanos y sus banderas desplegadas. La criatura postrada y de agobiado espinazo, enderézase de repente; leve carmín tiñe sus pálidas mejillas... Un escalofrío de placer le recuerda quizás sus aficiones militares, el brillante regimiento del *Real Delfín*... ¿Dónde estarían los soldados de aquel regimiento? ¿Dónde los adictos suizos, los fieles guardias de corps, los elegantes hidalgos de las antesalas de Versalles? ¿Si pudiese saber cuántas arrogantes cabezas habían caído en el cesto fatal!

En las almenas de la torre, entre las grietas de los sillares vetustos, brotaban amarillentos y ahilados unos alhelies silvestres, unas esparcidas matas de jaramago. Las pupilas del niño fueron a posarse en las mezquinas flores, con ansia que Laurent comprendió. Una señal del custodio autorizó al prisionero para cogerlas. Fué arrancando una por una, y sus dedos flojos las agruparon como en forma de ramillete. Poco después bajaba la escalera de la torre, y se paraba ante una puertecilla del tercer piso. Allí, con inexplicable expresión en la mirada, soltó sobre el umbral sus flores y las contempló en silencio; después inclinando la cabeza permaneció inmóvil. «¡Te equivocás, Carlos!», observó Laurent: esa no es tu puerta.» «No me equivoco», respondió el niño, que siguió bajando las escaleras. — La puerta donde Luis Carlos había soltado el haz de flores, correspondía a la prisión de su madre...

Es de notar que Luis XVII sabía la ejecución de su padre, pero la de su madre la ignoraba. Nadie — ¡extraña compasión, ó no menos sorprendente cautela! — le había dicho que María Antonieta é Isabel de Francia no pertenecían ya al mundo de los vivos. El huérfano podía suponer que aún le sería dado ver el rostro de su madre. Siempre que, pensativo y silencioso, fijaba en Laurent las azules y lánguidas pupilas, su ojeada no expresaba otra cosa: era una interrogación, era un ruego, era un llamamiento a lo que todo hombre debe tener de común con la humanidad: la santa piedad filial. Pero Laurent enmudecía, y los labios del niño jamás se entreabrieron para dar paso a las palabras de que estaba lleno su lacerado corazón.

Con la fuerza de voluntad que presta el martirio, calló, y sólo aquel ramillete carcelario de pobres alhelies reveló lo más íntimo de su pensamiento.

EMILIA PARDO BAZÁN



Flores campestres, cuadro de G. Bellei. — No suelen ser las más bellas las flores que en los jardines se crían a fuerza de cuidados; en el campo, en el bosque crecen florecillas que por sus colores, por su aroma y por su rara estructura son encanto de los sentidos. Y lo que con las flores acontece sucede también con los niños y con las jóvenes: en las ciudades, en los salones, donde el artificio suplente tantas veces a la naturaleza, encuéntranse, es cierto, bellezas que cautivan, pero que por lo general carecen de ese sello especial que sólo el aire respirado en toda su pureza, el sol absorbido en toda su intensidad imprimen en la humana criatura. Contéplense las cuatro caras

que entre plantas silvestres ha trazado el habilísimo pincel de Bellei, y en todas ellas se verá resplandecer una hermosura natural que no han bastardeado los afeites ni las exigencias de la moda, y una plenitud de vida no debilitada por las malsanas influencias de un medio ambiente en que difícilmente se conserva la salud del cuerpo y en que con tanta facilidad se quebranta la salud del alma. Es un cuadro, un bellissimo juguete, podríamos decir, lleno de vigor y lozanía, en el que las plantas sirven de elegante marco a los bustos de cuatro muchachas no menos lindas y frescas que la vegetación que las rodea.

**

San Cristóbal, cuadro de Pedro Satackiewicz. — Conocido es el episodio de la vida de San Cristóbal que en su precioso lienzo reproduce el pintor ruso Stackiewicz, y fuerza es confesar que el artista ha sabido expresarlo con un vigor extraordinario. En las dos figuras del cuadro, aun prescindiendo de la técnica magistral con que están dibujadas, siéntese toda la grandeza de la escena; la de Jesús es delicada y graciosa y, sin embargo, adivínase en ella al Ser sobrenatural, de origen divino; la del Santo revela por modo admirable la sorpresa del hombre vigoroso que siente sobre sí un peso infinitamente superior al que el cuerpo del niño podía hacer suponer, y el esfuerzo que tiene que realizar para atravesar el río con su preciosa carga. Las agitadas aguas de tinte sombrío y el tenebroso firmamento cruzado por fulgorosos relámpagos contribuyen poderosamente a hacer resaltar el interesante grupo sobre el cual parece difundirse una luz misteriosa que contrasta con las negras que lo circundan.

**

Victima inocente, cuadro de D. Carr. — Tiene la sociedad grandes injusticias y una de ellas es la que de una manera tan sentida nos ofrece el notable pintor inglés Carr. Esa pobre mujer que lleva en brazos a un tierno infante y conduce de la mano a una niña de corta edad, es objeto de las injurias y de los sarcasmos de sus convecinos que vengan en ella el crimen cometido por su esposo en un momento de obcecación, quizás impulsado por el hambre. El mundo es implacable y las pequeñas poblaciones suelen ser, en casos como el de este cuadro, refinadamente crueles: pocos ven en la infeliz esposa a la madre afligida que, privada de todo recurso, tiene no obstante que atender a la subsistencia de sus hijos; casi todas miran en ella no más que a la compañera del criminal, para quien la cárcel será castigo insignificante comparado con el dolor que ha de producirle el pensar en el abandono en que por su culpa quedan los suyos. Sin embargo, en la mujer del lienzo de Carr se advierte cierta serenidad que conforta; parece como que, despreciada y abandonada por los hombres, siéntese sostenida por una fuerza interna que le hace confiar en Aquel que, perdonando a los culpables, se apiada siempre de las víctimas inocentes. Las demás figuras de este lienzo que aparecen en segundo término no están menos bien trazadas, así la del rudo campesino que amenaza con el puño cerrado a la infeliz madre, como las de las vecinas que con desdeñosa compasión la miran y se entregan a nada caritativos comentarios.

**

En el baño, cuadro de Fred Morgan. — Como tantos otros, es éste uno de los asuntos que más veces han servido de tema a los pintores, y por lo mismo necesitase gran talento artístico para que la obra en él inspirada no resulte vulgar ó no traiga a la memoria otra análoga. Que el cuadro de Fred Morgan no es una vulgaridad, que el artista ha demostrado excepcionales dotes al pintar una escena cien veces tratada, cosas son que a la vista saltan, y no es preciso un gran esfuerzo para apreciar en lo que valen las dos figuras que ocupan casi todo el lienzo, esa madre cuyo semblante revela la más cariñosa solicitud y ese niño que lucha entre el temor y el deseo de refrescar su cuerpecito en las lípidas aguas, mirando a éstas con ojos en los cuales se lee la esperanza de un placer ansiado, pero al mismo tiempo agarrándose tímidamente a la que amorosamente lo sostiene, cual si temiera que el mar ha de arrancarlo para siempre de sus brazos.

**

A la salud de la novia, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). — Recientemente reunimos en un solo número las producciones más notables de este excelente pintor valenciano, y con tal motivo rendimos el justo tributo de nuestra admiración por sus relevantes cualidades, apuntando algunas noticias respecto de su vida artística y de su significación. Agrasot rinde especialísimo culto al país que le vio nacer, y si bien ha producido cuadros de género notabilísimos, sus más geniales obras hallanse inspiradas, quizás, en las escenas y costumbres de la región valenciana, que sabe interpretar magistralmente. *A la salud de la novia* pertenece a esta clase, y basta examinar el lienzo para aquilatar las cualidades que atesora el maestro y su perfecto conocimiento de la animada escena y de los tipos que ha tratado de representar.

Al contemplar esta escena, cuantos hayan estado en ese hermoso verjel de España que se llama la huerta de Valencia no podrán menos de convenir que abunda en colorido local, que esas jóvenes son genuinamente valencianas, los hombres fieles trasuntos de los naturales de aquel país, el patio de la alquería con su indispensable emparado reproducción exacta de los que allí se encuentran en todas partes, los trajes sobre manera apropiados, y la escena, llena de animación y movimiento, característica de las costumbres valencianas.

Varios lienzos remitió Agrasot a la Exposición de Bellas Artes de 1892, y si bien no había de hallar en ella la confirmación de sus méritos, el honoroso cargo de Jurado que en ella desempeñó privó, sin duda, de agregar un triunfo más a los ya obtenidos.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando a la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.



— Pues entonces, acepta lo que te ofrezco. ¿No es mejor que me tengas á mí por acreedor único?

ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Para llevar á cabo la entrega del testamento había, no obstante, una gran dificultad ante la que Barincq paró indeciso por algún tiempo.

Lo mejor era seguramente que Sixto hallase, por casualidad, aquel testamento en el escritorio de Gastón, como Barincq lo había encontrado; pero para conseguir esto era necesario comenzar por poner el testamento en el escritorio, y como la llave no se hallaba en poder de Barincq, este medio era irrealizable; fué preciso, por consiguiente, apelar á otro medio todavía más sencillo.

En la tarde de cierto domingo, cuando Sixto regresaba á Bayona con Anie en carruaje, Barincq, fingiendo como pudo la más absoluta indiferencia, entregó á su yerno un legajo de papeles, diciéndole:

— Toma esos papales que he hallado revolviendo libros.

— Y ¿qué quieres que hagamos con esto, papá?, le preguntó Anie.

— Eso no te importa; son papeles que sólo conciernen á Sixto y que éste leerá con gusto, según creo, cuando tenga algún rato desocupado.

— Pues ¿qué son?, dijo Sixto.

— Es la colección de las cartas que has escrito á Gastón desde la infancia hasta su muerte. Hay también varias cuentas y facturas. Todo eso se encontró al hacer el inventario en un cajón que por lo visto estaba dedicado á cosas tuyas. No se tomó nota de ello por tratarse de papeles sin importancia. Hace ya mucho tiempo que debí dártelos y lo olvidaba siempre.

Todo esto fué dicho con tranquilidad completa y con indiferencia absoluta; después Barincq se despidió de sus hijos y volvió al castillo.

Pero á la mañana siguiente fué á almorzar con sus hijos, anhelando saber si Sixto había abierto el paquete; intacto lo vió en la mesa de su yerno.

— ¡Calla! ¿Tu marido no ha abierto ese legajo?

— El pobre, cuando vuelve á casa viene tan fatigado y tan harto de los papeles que el general le hace leer y escribir, que siente verdadero horror á los papeles.

— Me parece, no obstante, que no hace bien en dejarse arrastrar por esa antipatía; al fin y al cabo, en ese legajo de cartas se halla toda su juventud.

— Se lo diré.

El viernes, cuando volvió Barincq pretextando cualquier cosa, porque no tenía costumbre de ir á Bayona dos veces en la misma semana, el paquete seguía lo mismo, intacto.

Barincq esperó hasta el domingo, pero ni su hija ni Sixto hablaron del paquete; nada nuevo había sucedido por consiguiente.

Sólo diez días después ocurrió que una tarde en que hacía mal tiempo, volvió Sixto á casa antes que su mujer, á quien ocupó el fatigoso encadenamiento de visitas que debía devolver y para cuya contabilidad habría sido necesario una teneduría de libros; solo en la casa hasta que Anie volviese, y no teniendo cosa mejor en que ocuparse el yerno de Barincq, abrió el legajo.

No tenían para Sixto gran interés aquellas cartas, las primeras de las cuales había olvidado por completo y estaban escritas con lenguaje infantil, algo contenido por el respeto que aquel á quien iban dirigidas le imponía.

Dejándolas á un lado tomó Sixto el paquete de cuentas, el cual por las cifras de las facturas no dejaba de ser curioso. Aquello era lo que habían gastado por él; lo que él había costado.

Examinaba el capitán aquellas cuentas, unas en pos de otras, cuando se fijó su mirada en una hoja de papel sellado escrita de puño y letra del Sr. Saint-Christeau.

¿Qué era aquello?

Sixto leyó.

Aquello era... el testamento del Sr. Saint-Christeau; aquel testamento que Sixto conocía; el que debía ser hallado al practicarse el inventario y que había escapado á las pesquisas de Revenacq, porque no se habían examinado aquellas facturas una por una para clasificarlas, y la hoja de papel se había deslizado entre dos papeles insignificantes.

Antes de que Sixto hubiese logrado reponerse de su sorpresa entró Anie, y como de costumbre, se fué rápidamente hacia su marido para darle un beso.

— Calla, le dijo riéndose, ¿al cabo te has decidido á leer esos papeles?

Pero aún no había terminado su pregunta, cuando la expresión del rostro de Sixto la dejó sorprendida.

— ¿Qué tienes?, preguntó. ¿Qué tienes? ¡Dios mío!

Sixto, entregando á su esposa el documento, respondió:

— Mira lo que he encontrado entre esos papeles; léelo.

— Pero este es el testamento de mi tío Gastón, exclamó Anie no bien hubo leído las primeras palabras.

— Lee, lee.

Anie concluyó la lectura, y entonces mirándole preguntó á su marido con voz temblorosa:

— Y ¿qué piensas hacer?

— Pues ¿qué quieres que haga?, respondió con sencillez Sixto. ¿Puedes imaginar siquiera que voy á servirme de este documento para molestar á tu padre que se considera tan feliz con ser propietario de Ourteau? ¿Para quién trabaja? Para nosotros. ¿A quién da las rentas? A nosotros. No, no; este testamento que, te lo digo francamente, me alegro de haber encontrado por un sentimiento de gratitud hacia el Sr. Saint-Christeau, no saldrá nunca de este cajón en que voy á encerrarle y tu padre ignorará siempre que ese papel existe.

Anie echó los brazos al cuello de Sixto y le besó nerviosamente derramando un mar de lágrimas.

— Pero, preguntó Sixto, ¿qué pensabas de mí?

— Lloro de orgullo.

IV

De cuando en cuando Sixto hablaba á su mujer del barón; unas veces había ido Arjuzanx á visitarle, otra vez se habían encontrado por casualidad; de todas maneras y con gran disgusto de Anie, aquellas relaciones continuaban y no tenían trazas de concluir.

Un día, Sixto, con embarazo que no le fué posible disimular, dijo á su esposa que el barón había alquilado en Biarritz una posesión de las que por toda aquella comarca se llaman *villas* y que había convidado á estrenarla á él y á varios amigos, entre ellos de la Vigne.

— ¿Has aceptado?

— Puedo excusarme todavía con cualquier pretexto.

— ¿Por qué habías de excusarte?

— Si te desagrada.

— Siempre es desagradable para mí no tenerte á mi lado; pero no soy tan ridícula que pretenda secuestrarte, ya que me censuran porque te monopolizo.

— No te importe lo que digan ni lo que dejen de decir.

— Sí, amigo mío, es necesario que me importe; no debo pretender que seas dichoso solamente con mi cariño; estoy obligada además á procurar que tu vida esté á cubierto de toda crítica. Con tus compañeros de armas nadie está más expuesto que tú á murmuraciones caprichosas. ¿No estáis todos vaciados en el mismo molde? Ves, ves á comer con el Sr. de Arjuzanx y diviértete como los otros. Realmente lo que más me desagrada en esto no es el que tú vayas á casa del barón, sino que te verás obligado un día ú otro á devolverle este convite.

— Entonces lo mejor es no ir.

— Eso es difícil.

— Y ¿qué hacemos?

— Pues nada; vas, como lo has prometido, y no hay que hablar más. Reconozco y confieso que no tengo razón; me lo digo y me lo repito á mí misma; pero por muchos esfuerzos que yo haga no puedo acostumbrarme á la idea de que entre Arjuzanx y nosotros se establezcan relaciones. Como pretendiente me inspiraba antes una repulsión invencible cuyo resultado fué una resuelta negativa: pues bien; te juro que el hombre continúa siéndome antipático.

— ¿Tienes del barón algún motivo de queja?

— No, por desgracia; si lo tuviese, todo estaba arreglado.

— Arjuzanx es orgulloso y delicado. Si tú lo tratas con cierta reserva, no insistirá en visitarnos.

— El papel que me corresponde no es muy agradable.

— En mi posición es imposible que yo lo tome á mi cargo; parecería un celoso.

— Un celoso vencedor. En fin, ve por esta vez á esa casa. Después ya resolveremos más despacio lo que nos parezca mejor. Te aseguro desde ahora que mis sentimientos con respecto al barón no han de modificarse nunca, y nada puede imaginarse más enojoso que las relaciones sostenidas con personas que no nos inspiran ni simpatías ni confianza. Cuando os veo á ti y á él, tan diferente el uno del otro, no puedo menos de preguntarme cómo habéis podido ser amigos en el colegio.

Aunque Sixto amaba demasiado á Anie, para que pensase en nada de otro modo que ella, creyó que, por esta vez, era excesiva la severidad de la joven; no, Arjuzanx no era tan antipático como decía Anie; era iracundo, sí, señor; violento, algo terco, perseverante en sus odios; todo esto era verdad; pero nada de esto llegaba al extremo de que el barón fuese molesto ni ridículo.

Anie, si hubiese podido adoptar libremente una resolución, no habría permitido á Sixto que aceptase el convite del barón; habría buscado, y de seguro habría encontrado, la manera de que Sixto rehusase, sin que pareciese que era ella la que le obligaba á rehusar; pero justamente en aquella ocasión Anie carecía de esa libertad: solamente el nombre de uno de los convidados por Arjuzanx había privado á la joven de su libertad y la obligaba á sellar los labios.

En la época en que Sixto visitaba, como novio ya admitido, á Anie, en sus conversaciones de enamorados por los jardines de Ourteau, había querido ella que su esposo futuro le explicase bien lo que era y cómo era la sociedad en que había de entrar al verificarse el matrimonio, como en una especie de compañerismo forzado; cuáles eran sus costumbres, sus usos, sus inclinaciones, sus vicios, sus ridiculeces, sus buenas cualidades, sus virtudes; de aquellas largas conversaciones sobre ese asunto había obtenido Anie una enseñanza que se proponía no poner en olvido nunca.

Había entre los oficiales de la guarnición uno, el subteniente *la Vigne*, que estaba casado con una muchacha de la ciudad; muchacha cuyo padre acababa de labrarse una fortuna enorme en el comercio y en la clarificación de petróleo. La joven, educada en el convento más aristocrático de Burdeos, dió en la manía de las vanidades mundanas, vanidades á las que por carácter y por temperamento se inclinaba naturalmente; y cuando tornó á Bayona, al hogar honrado, pero humilde y burgués, de su familia, no quiso aceptar por marido á un hombre de negocios y que pudiese tener relaciones mercantiles con su padre.

Por eso, luego que la educanda del convento aristocrático estuvo en posesión de la herencia de su madre, presentóse como pretendiente un oficialito buen mozo, que á su vistoso uniforme y á su profesión honrosa siempre unía el prestigio de un nombre, ó para hablar con más exactitud, de la apariencia de un nombre, *Ruchot de la Vigne*. El nombre habíalo recibido de su padre, propietario rural de los más modestos; la apariencia del nombre debíalo á los frailes que lo habían educado. «¿Cómo es eso?, le habían dicho cuando se presentó como alumno en el colegio. ¿Ruchot? ¿Ruchot solamente? Es indispensable añadir algo á ese apellido. ¿El padre de usted poseerá cualquier cosa? — Sí, tiene una viña. — Pues perfectamente. Desde hoy nombraremos á usted *Ruchot de la Viña*; bien así como nombramos *Moutón del Prado*, *Jannot del Vado*, *Petit de la Bolsa*, etc., á varios de sus discípulos; esto es de efecto excelente en los cuadros de matrícula, y después, andando los tiempos, puede servir para lograr un buen matrimonio.»

Efectivamente, esto le había servido para casarse con la hija del comerciante en petróleos refinados; señorita que jamás hubiera consentido en ser la señora de *Ruchot* á secas, y que se sentía halagada cuando la anunciaban como señora de *la Vigne*. Es cierto que en los asientos de la Alcaldía habían suprimido, sin apelación, el de *la Vigne*, pero en el registro parroquial se lo habían otorgado generosamente, y hay que advertir que la iglesia estaba llena de gente y que en la Alcaldía no había nadie.

Convertida ya en la señora de *la Vigne* la recién casada concedía siempre capitalísima importancia á su nobleza; si sus ropas blancas, sus vajillas, sus carruajes, sus alhajas no llevaban bordadas ó dibujadas las armas de la casa, tenían adornos y emblemas que desde lejos semejaban armas de nobleza y que para la hija del comerciante en petróleos lo eran en efecto. Al comprarse un oficial del ejército creyó buenamente la señora de *la Vigne* que había comprado, con él, todo el regimiento y toda la oficialidad de la plaza, general inclusive. Cuando decía á su marido: «¿No es ese un oficial de tu regimiento?» parecía como si hablase de alguno que le perteneciera del todo y á quien podía exigir por derecho propio deferencia y agradecimiento.

Las historias que acerca de este matrimonio corrían por la ciudad eran numerosas y divertidísimas todas y aún las alegraban más los camaradas del señor de *la Vigne*, á quien regocijaba tanto como la vanidad de la mujer la esclavitud del marido, verdadero perrillo atado á quien su mujer sacaba continuamente á pasear y que no tenía derecho á dar un paso, ni á pronunciar una palabra, ni á gastar un céntimo sin obtener previamente la autorización de su esposa.

Anie, que también se había casado con un oficial pobre, habíase prometido á sí misma no incurrir en tales ridiculeces y procurar que ninguno de sus actos pudiese evocar el recuerdo de las exigencias de la señora de *la Vigne* ó dar motivo á comparaciones que por la semejanza de su posición respectiva habrían sido muy fáciles. De sobra sabía Anie que estaba exenta de esa vanidad; pero como amaba de verdad á su esposo, ¿conseguiría prescindir de exigencias matrimoniales á las que su amante corazón pudiera arrastrarla?

El problema tenía para Anie gravedad y la ocasionaba inquietud; por eso cuando Sixto hubo pronunciado el nombre de su camarada de *la Vigne*, dijo, sin vacilar un instante solo: «Es preciso aceptar.»

V

Cuando Sixto llegó á casa de Arjuzanx empezaba á ser tarde, y todos los convidados se hallaban reunidos en el salón principal de la *villa*, cuyas ventanas daban al mar; estaban allí algunos propietarios de las cercanías, rusos, españoles y además los compañeros de armas de quienes el barón había hablado á Sixto.

— Creíamos, dijo uno cuando vió entrar al marido de Anie, creíamos que no vendrías.

— ¿Por qué razón?

— ¡En luna de miel!

- Una cosa es miel y otra cosa es liga.

El banquete se había dispuesto con el evidente propósito de dejar buen recuerdo en los convidados y conquistarlos para otros convites; los manjares servidos procedían todos de los puntos que de ellos recibían fama: pollas de la Bresse, hortalizas de las Landas cogidas en las tierras mismas de Arjuzanx, *foie gras* de Nancy; en cuanto á vinos el anfitrión hizo gustar á sus comensales las mejores marcas, auténticas todas.

Lo que no pareció de primera clase fué la conversación, constantemente sostenida en el terreno de lo fútil é insubstancial; como aquellos compañeros de mesa á quienes la casualidad había reunido no tenían ideas comunes, ni costumbres análogas, ni relaciones de ninguna clase, hablaron del clima de Biarritz, después de la temperatura y de la playa y de las casas de campo de aquellos alrededores y de los habitantes de sus casas, y por último de los casinos.

- Es muy agradable y muy conveniente que haya dos casinos; cuando el concurrente ha quedado completamente limpio en uno, puede ir en busca del desquite al otro.

Arjuzanx no era, sin embargo, de esa opinión; en su concepto el juego no podía ser verdadero entretenimiento sino entre buenos amigos; solamente así podía jugarse con tranquilidad, seguro de no ser engañado y sin exposición de sentarse al lado de alguna persona de esas á quienes no queramos saludar cuando nos las encontramos por la calle; si, además de estos inconvenientes, era necesario vigilar atentamente al banquero para ver si intentaba algún *pego* ó algún *salto* y no perder de vista á los *puntos* por si se proponían *levantar algunos muertos*, convertíase al juego en un trabajo ímprobo y desagradable, que solamente podían aceptar los que buscaban en él un modo como otro cualquiera de ganarse la vida.

- Así, pues, caballeros, dijo el barón para concluir, si alguna vez por la tarde ó por la noche tienen ustedes el capricho de tallar algunos centenares de francos, consideren como real y verdaderamente suya esta casa; ténganla desde ahora como un círculo del que todos nosotros somos socios y al cual pueden ustedes traer á sus amigos.

La comida, aun siendo, como efectivamente lo fué, muy abundante, concluyó al cabo; trasladáronse los convidados al salón; fumaron allí exquisitos habanos mientras contemplaban el mar; pero ni el reflejo de la lucha sobre las olas, ni los resplandores de la luz giratoria de Saint-Martin, resplandores que con isocronismo inalterable nacían y morían en las profundidades azuladas de la noche, eran espectáculos á propósito para llamar por mucho tiempo la atención de aquellos jóvenes no muy contemplativos.

Aún se hallaban á medio consumir los cigarros cuando ya los convidados del barón se miraban con aire vago é inquieto unos á otros como preguntándose mutuamente:

- ¿Y qué vamos á hacer ahora?

Uno de los convidados, recordando entonces el ofrecimiento de Arjuzanx, dió contestación á esta pregunta, preguntando á su vez:

- ¿No podríamos jugar un rato?

Diez voces apoyaron la proposición simultáneamente.

- Sólo pido á ustedes, dijo entonces el Sr. de Arjuzanx, el tiempo necesario para quitar la mesa; estaremos en el comedor mejor que aquí; además enviaré á buscar barajas porque no las tengo.

Un cuarto de hora después los jugadores se hallaban sentados á la mesa en que habían comido y el banquero decía:

- No va más.

Sixto, de *la Vigne* y otro de los comensales habían permanecido en el salón y allí continuaban charlando; Arjuzanx se acercó á ellos y preguntó:

- ¿No jugáis vosotros?

- Voy en seguida, respondió de *la Vigne*.

- ¿Y tú, Sixto?

- No; no juego.

- Sin embargo, antes jugabas.

- ¡Bah! En el colegio.

- Y en Saint-Cyr también, dijo de *la Vigne*.

- Sí, he jugado, replicó Sixto, cuando el ganar ó el perder cien francos me crispaba los nervios, apresuraba los latidos de mi corazón, inundaba de sudor mi frente; pero ahora ¿qué impresión ha de producirme la ganancia ó la pérdida?

- ¿Y las emociones del juego?, preguntó el barón.

- No deseo procurármelas; muy al contrario, estoy decidido á evitarlas.

- Lo cual significa que no estás seguro de ti mismo.

- ¿Quién puede estarlo?

- Si no has traído dinero, dijo insistiendo Arjuzanx, mi bolsa está á tu disposición, y á la de usted también, Sr. de *la Vigne*.

- Acepto veinticinco lises, dijo de *la Vigne* en un tono que demostraba lo desprovisto de su bolsillo.

La Vigne, luego que el barón le entregó la cantidad solicitada, se trasladó apresuradamente al comedor, convertido en sala de juego.

- He ahí, dijo Arjuzanx en tono irónico y un sí es no es desdenoso, una prueba de que la señora de *la Vigne* ata muy corto á su marido.

Sixto no contestó, pero transcurridos apenas dos minutos se aproximó á la mesa y apuntó diez lises á una carta.

El capitán ganó; dejó su puesta y lo que había ganado y ganó por segunda vez; repitió la operación y volvió á ganar.

Entonces recogió sus mil seiscientos francos y tornó al salón muy sorprendido al advertir que había experimentado una emoción que no podía ser explicada por ganancia tan insignificante.

¡Cosa extraña en verdad! En el tiempo que habían durado aquellos tres golpes á una carta, había experimentado los mismos estremecimientos, las angustias mismas que tan hondamente le perturbaban cuando niño en el colegio y cuando joven en la escuela de Saint-Cyr.

¡Cuánta razón había tenido al decir á Arjuzanx que nadie estaba seguro de sí mismo!

- ¿Por qué no había de marcharme?

Pero la misma vergüenza mal entendida que le había obligado á poner diez lises á una carta le detuvo. ¿Qué se diría de él?

Encendió un cigarro y comenzó á fumar aproximándose á una ventana; pero hasta la ventana en que fumaba Sixto llegaban, para mezclarse con el ronco murmullo de la marea, los ruidos del comedor; de cuando en cuando la voz del banquero ó de los puntos, el chocar de las monedas de oro y el crujir de los

billetes dominaban los murmullos vagos é indefinidos: «Juego, van, no va más. Cartas: un cinco, un nueve.»

¿Se dejó arrastrar el esposo de Anie por el amor propio? ¿Cedió al poder de la magia del juego? ¿Fue impulsado por la sugestión de aquellos ruidos del oro y de los billetes? Sea de esto lo que fuere, el hecho es que, aún no habían pasado diez minutos cuando Sixto volvía á la improvisada sala de juego y jugaba cincuenta lises, que tuvo la suerte de ganar.

Hasta entonces había jugado de pie; sin darse cuenta de lo que hacía, casi maquinalmente, acercó una silla y se sentó: el capitán estaba cogido por el engranaje de aquella máquina.

Entonces se apoderó de Sixto la embriaguez del juego, le arrebató del todo y anuló su entendimiento lo mismo que su voluntad; dejó de ser hombre para ser única y exclusivamente jugador; fuera del juego ya no existía absolutamente nada para el joven.

De una partida en otras el juego adquirió pronto proporciones febriles, vertiginosas; Sixto, en un momento de arrebató, comenzó á tallar, ganó, perdió, volvió á ganar y tornó á perder, y después de varias alternativas á la una de la madrugada estaba debiendo: cuarenta mil francos á Arjuzanx, cinco mil á de *la Vigne*, veinte mil á los otros; total sesenta y cinco mil francos, representados por tarjetas en las cuales había escrito con lápiz lo que á cada uno debía.

Entonces Arjuzanx llevó á Sixto á su despacho, y cuando estuvieron solos le dijo:

- Si quieres pagar lo que debes pongo á tu disposición veinticinco mil francos. Hay entre esos jugadores algunos extranjeros que no te conocen: acaso te convendría saldar tus cuentas con ellos inmediatamente.

- La verdad es que lo celebraría.

- Pues entonces, acepta lo que te ofrezco. ¿No es mejor que me tengas á mí por acreedor único? Entre nosotros esto no tiene consecuencias; tú me pagarás cuando quieras.

VI

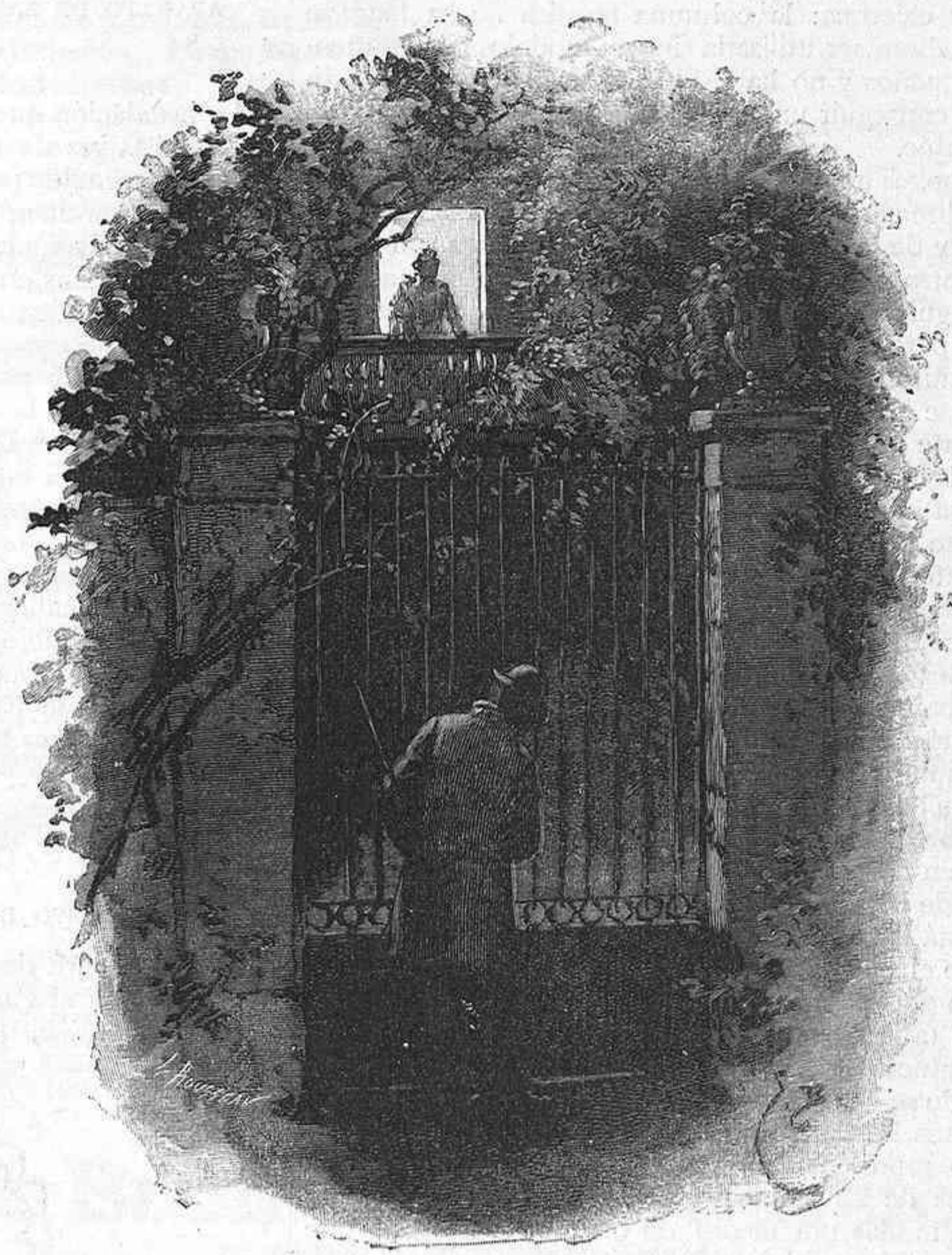
Desde el muelle vió Sixto la luz de una lámpara en el cuarto de su mujer, y al ruido que produjo para abrir la verja apareció Anie en la galería.

El capitán llegaba pensando que su mujer estaría ya acostada y que probablemente la encontraría dormida, lo cual aplazaría las explicaciones hasta el día siguiente; pero no, Anie le esperaba y la confesión había de comenzar en seguida.

Mientras Sixto atravesaba el jardín, había desaparecido la luz del cuarto de Anie, y cuando penetró en el vestíbulo ya encontró en él á su esposa que con cariñoso interés le contemplaba.

- ¿Estabas ya impaciente?

Anie había oído con mucha frecuencia á su madre decir al Sr. Barincq: «Amigo mío, no trato de dirigirte censuras,» no podía, por lo tanto, incurrir en el



Desde el muelle vió Sixto la luz de una lámpara en el cuarto de su mujer, y al ruido que produjo para abrir la verja apareció Anie en la galería

desacierto de las mujeres que alardean de su indulgencia; mientras bajaba la escalera había procurado poner en sus ojos la expresión más cariñosa y en sus labios la más dulce sonrisa; pero cuando á los rayos de la luz que en la mano llevaba vió la joven el rostro alterado de su esposo, aquella expresión de tranquilidad y de alegría desapareció.

- ¿Qué tenía Sixto?

(Continuará)



UN MOTOR SENCILLO

Sabido es que la técnica moderna tiende á convertir directamente, hasta donde sea posible, el calor en trabajo; pero el camino generalmente seguido para

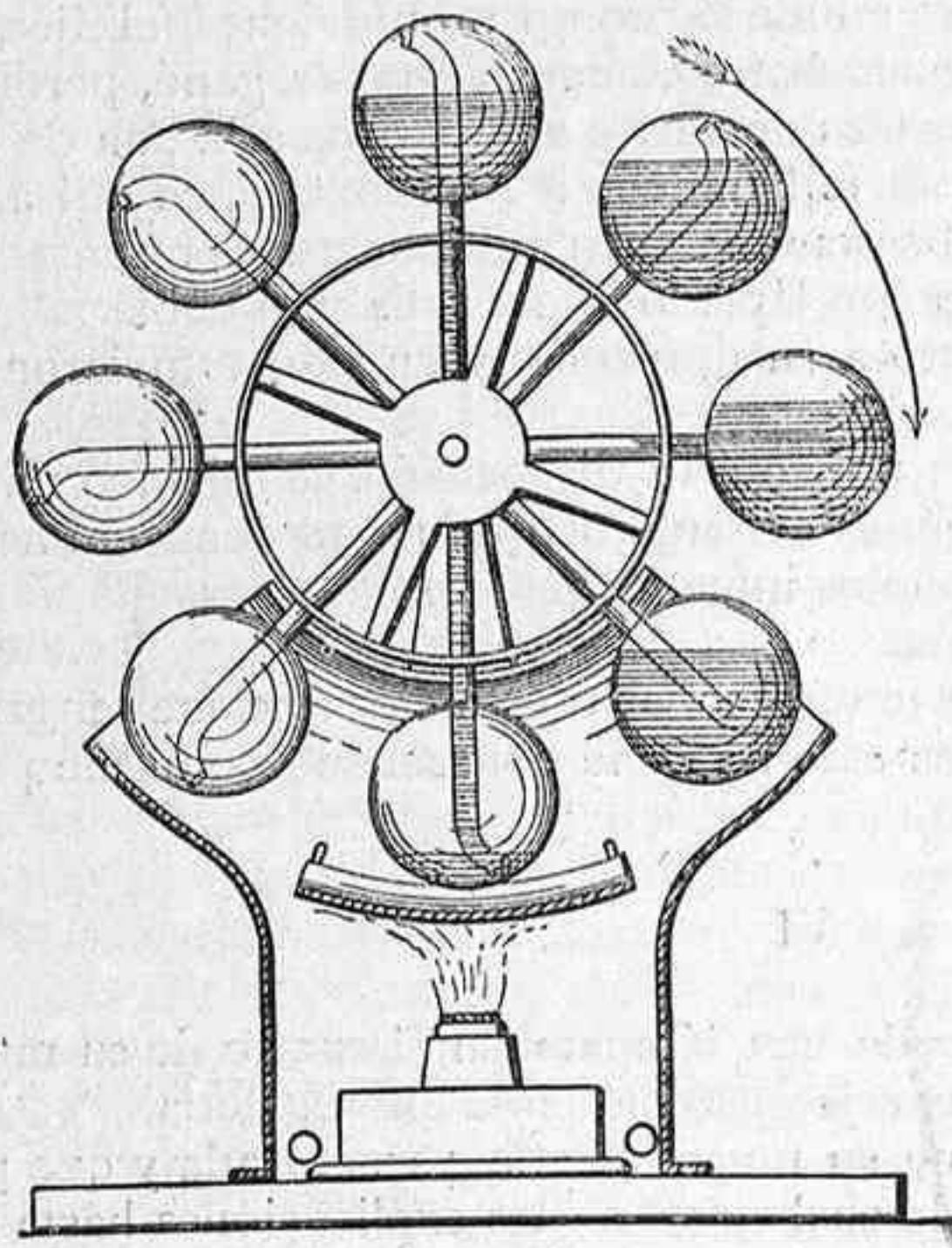


Fig. 1. Termomotor Iske

llegar á este resultado dista mucho de acercarse al ideal concebido. En la máquina de vapor el procedimiento es complicado y largo y la utilización de la energía, por ende, poco satisfactoria desde aquel punto de vista. Grandes motores que conviertan directamente el calor en energía no existen, como no existen motores que directamente transformen el calor en fuerza eléctrica: la columna térmica no ha logrado hasta ahora ser utilizada sino en modelos relativamente pequeños y no ha sido posible por este medio directo conseguir un efecto de utilidad en cierto modo favorable.

Crookes adoptó un método especial para transformar directamente en trabajo mecánico los rayos de calor y de luz, y demostró por vez primera con su radiómetro que era posible sin auxilio extraño alguno conseguir la transformación continua del calor en trabajo; pero el radiómetro ó molino de luz nunca podrá ser utilizado en gran escala: la sola circunstancia de que ese aparato sólo funciona en un espacio completamente vacío de aire basta para que sea inútil para grandes aplicaciones.

Una senda enteramente nueva y en extremo interesante para nosotros han emprendido en estos últimos años el inglés Francisco Mitchell y el americano Iske: ambos, aunque independiente uno de otro, han concebido y estudiado el mismo pensamiento y han llegado por consiguiente á construir dos aparatos muy parecidos hasta en su forma.

Empezaremos por ocuparnos someramente del principio del aparato de Iske, conocido desde 1888.

Muchos de nuestros lectores conocerán un instrumento que los físicos denominan *krioforo*, y que consiste en dos esferas de cristal unidas entre sí por un tubo de la misma materia encorvado: una de las esferas está llena de éter y en la otra y en el tubo se ha hecho el vacío. Si calentamos, por poco que sea, una esfera del aparato, la fuerza expansiva del éter aumenta de tal manera que toda la masa del líquido pasa rápidamente á la otra esfera, sucediendo lo propio cuando se enfría aquella. Iske ha unido entre sí varios de estos krioforos formando con ellos una rueda tal como representa nuestro grabado (fig. 1): cada dos esferas de las que forman la periferia de esta rueda están unidas por medio de un tubo de cristal que llega casi hasta el fondo y está encorvado en su extremo en la misma dirección en todas las esferas. Debajo de esta rueda, compuesta de seis krioforos, hay un foco de calórico formado por una lámpara de alcohol cuya chimenea envuelve la parte inferior de la rueda. Si suponemos el líquido distribuido en cada krioforo de la rueda tal como el grabado representa, aquella rodará en el sentido que la flecha indica hasta que las esferas llenas se encontrarán en la parte inferior del aparato: una vez en esta posición, la llama de la lámpara calentará las esferas y la fuerza expansiva del vapor de éter llevará el líquido hasta las esferas supe-

riores por medio del sistema de tubos, con lo cual se modificará el centro de gravedad de la rueda, produciéndose una nueva rotación en la dirección de la flecha. La curvatura del extremo del tubo dentro de las esferas se explica fácilmente, pues gracias á ella se consigue mayor efecto de aprovechamiento ó, en otras palabras, para que cada esfera al abandonar el contacto de la lámpara pueda quedar completamente vacía. La sensibilidad de ese aparato es tal que cualquier calor, por pequeño que sea, es suficiente para producir una enérgica rotación de la rueda; así, por ejemplo, el aparato se mueve con sólo que se le exponga un rató á los rayos del sol.

La figura 2 representa el aparato Mitchell, cuya estructura interior no hemos de describir, bastando consignar que no se diferencia esencialmente del termomotor Iske, y únicamente el número de secciones de la rueda que contienen el líquido es mucho mayor.

Si estudiamos atentamente el proceso que en tales aparatos se desarrolla, veremos que en realidad se produce en ellos directamente el movimiento por la acción del calor. En efecto, á medida que el calor llega á una de las esferas, aumenta la fuerza expansiva del vapor en el interior de la misma contenido, con lo que se produce la ascensión del líquido, y durante ésta la fuerza expansiva del vapor disminuye, lo cual, como es sabido, equivale á un consumo de calórico. El motor es en cierto modo prototipo, por cuanto produce directamente movimientos rotatorios y no exige por ende maquinaria alguna para convertir en rotatorio un movimiento horizontal.

No cabe afirmar ni negar la posibilidad de que se utilice en gran escala el principio en que se fundan los dos motores descritos; pero este aprovechamiento no parece inverosímil si se tiene en cuenta que este mecanismo no exige ningún aparato de enfriamiento, ni condensador alguno, ni ningún aparato complicado que ocasione muchos rozamientos.

Por lo que hace al motor Mitchell, ya ha sido aplicado en instalaciones para la ventilación.

(Del *Prometheus*)

* *

APARATO DE SALVAMENTO Y DE EXTINCIÓN DE INCENDIOS

La instalación que presenta nuestro grabado es un aparato á la vez de salvamento y de extinción de incendios, inventado por el americano Mr. Pauly. Todo él se apoya en un armatoste afirmado sobre un carro, y consiste principalmente en una serie de escaleras que encajan unas en otras y que por medio de un arco dentado pueden ser colocadas en la posición necesaria.

En lo alto de cada escalera hay una plataforma que se apoya en la escalera principal. Las escaleras sueltas constituyen una comunicación cómoda con la calle, sirven para conducir las mangueras al punto preciso y son un medio para escapar del peligro del fuego.

En cada plataforma hay un cabrestante, gracias al cual puede establecerse una comunicación entre aquella y el edificio incendiado, merced á cajas de salvamento colgadas de cuerdas, las cuales también pueden utilizarse para llevar agua á la casa que es pasto de las llamas.

(Del *Scientific American*)

* *

NUEVO BUQUE INSUMERGIBLE

El teniente M. de Sayce, de Bristre, ha atravesado recientemente el Paso de Calais en un *buque-miniatúra insumergible*, que tal es la calificación que ha

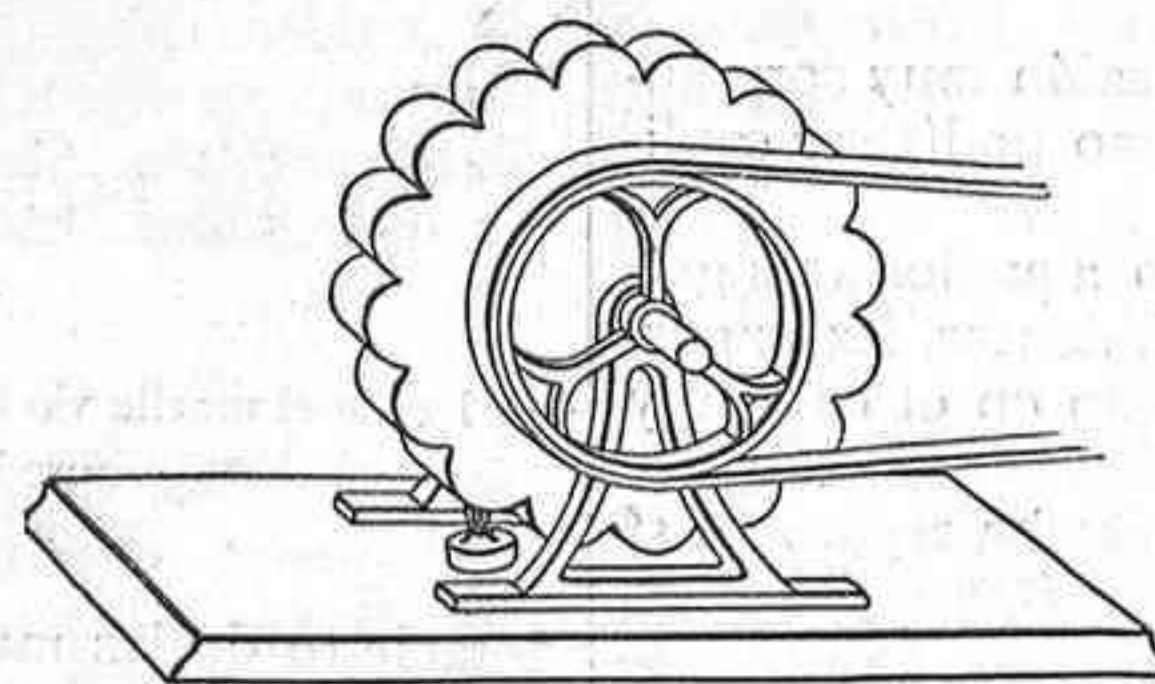


Fig. 2. Termomotor Mitchell

merecido el invento del valeroso oficial. El peso del esquife no excede de 15 kilogramos, siendo sus dimensiones 2'55 metros de longitud por 0'80 de ancho.

El buque hállase completamente cubierto de un tejido finísimo, á excepción de un orificio ó agujero abierto en la cubierta, destinado á alojar el cuerpo del atrevido argonauta. El buque, cuyo velamen consiste en dos mesanas del tamaño de un delantal, llénase de aire para hacerlo insumergible. La materia de que está construído facilita muchísimo su desmontaje, plegándole y desplegándole con suma facilidad.

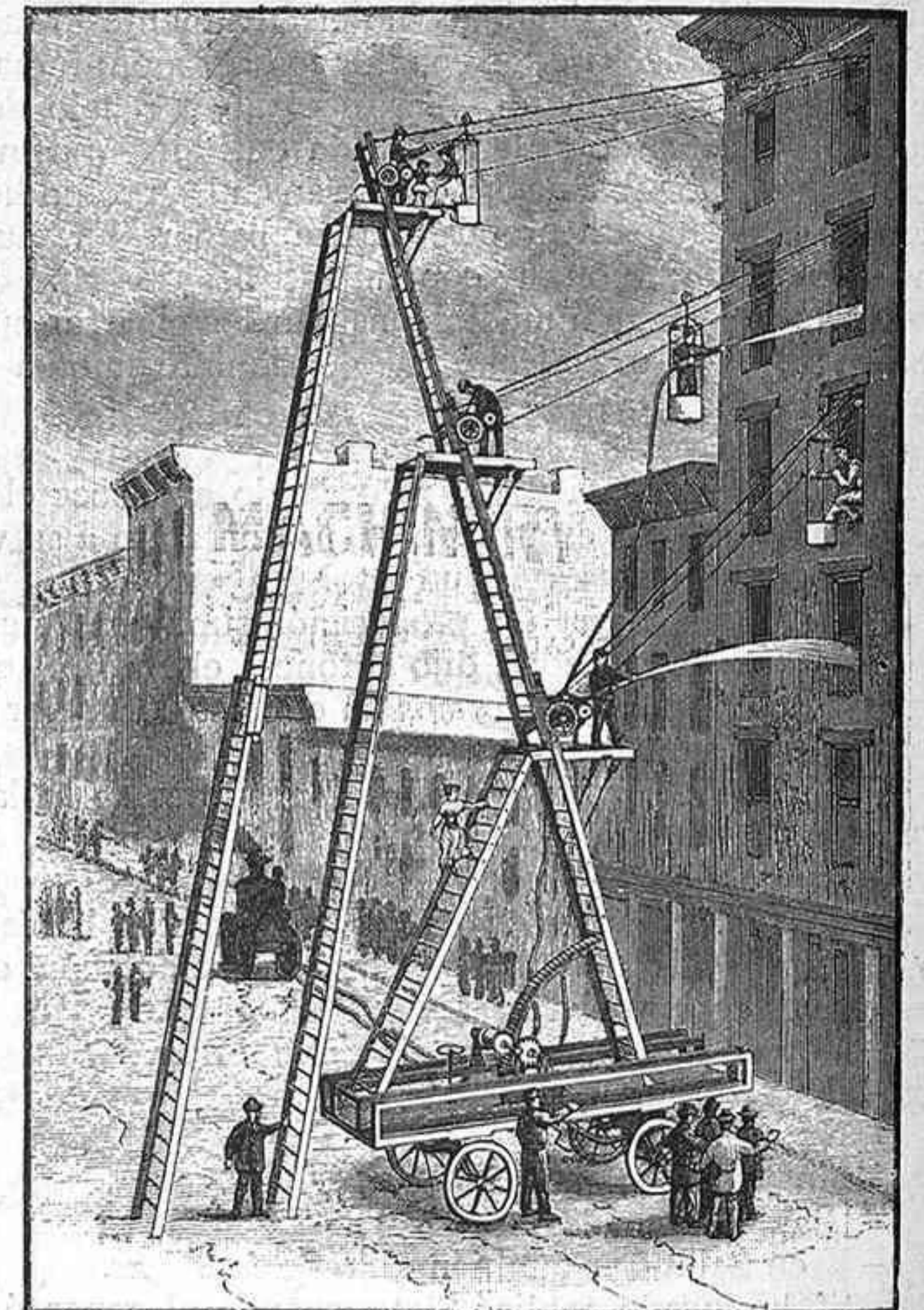
La travesía entre Bouvres y Bulogne se ha efectuado felizmente. El teniente M. de Sayce ha podido vencer, provisto de un remo de doble paleta, las corrientes y la marea, empleando catorce horas, sin tener necesidad de recurrir al auxilio del buque que á corta distancia iba siguiendo al diminuto esquife, que levantado por las olas, ofrecía el aspecto ó la apariencia de un sencillito juguete.

Agrega la revista de donde tomamos esta noticia que el buque miniatura no embarcó ni una sola gota de agua durante el trayecto recorrido, de donde resulta que es impermeable é insumergible.

* *

RECOLECCIÓN DE LA CANELA EN THANH-HOA (TONKIN)

La canela de Thanh-Hoa, llamada canela real, es tan estimada de los annamitas, que un pedacito de esta aromática corteza ofrecida á un mandarín con-



Aparato de salvamento y extinción de incendios

sidérase por éste como un regalo de excepcional importancia.

La recolección verificase en la época en que la savia derrama torrentes de vida por todo el árbol, que después de cortado despójase de la corteza por completo, sin perdonar las más delgadas ramas, y envuelta cuidadosamente con sus hojas entiérranla durante cuatro ó cinco días, al cabo de los cuales córtanla en pedazos regulares de 40 centímetros de longitud, que colocan de manera que se sequen sin recibir los rayos del sol, ya bajo cobertizos de ramaje ó en el interior del mismo bosque.

Contra lo que se ha supuesto, esta planta no se cultiva por los naturales, quienes limitanse á obtener los beneficios que les proporciona, arriesgándose á penetrar en los inhabitados é intrincados bosques que cubren los montes Muongo ó algunas regiones ó comarcas pertenecientes al Annam. Esta clase de árboles alcanzan una altura de ocho á diez metros, no excediendo de cuarenta centímetros el tronco.

A modo de tributo, cada cantón debe entregar al rey cierta cantidad de canela anualmente. De ahí que cuando un indígena descubre uno de estos árboles tiene el deber de ponerlo inmediatamente en conocimiento del alcalde del pueblo, quien á su vez lo participa al Quang-phu (subgobernador) y éste al Tongdoc (gobernador de la provincia), que se apresura también á dar cuenta del hallazgo á la corte de Hué. El Quang-phu designa acto continuo algunos hombres para que custodien el árbol y se establezcan junto á él, cuya vigilancia no abandonan hasta el preciso

momento en que tiene lugar la recolección, en presencia del citado Quang-phu, ó bien del mandarín enviado para fiscalizar la operación. La totalidad de la recolección debe remitirse al monarca, que á pesar de las severísimas disposiciones por él dictadas, no puede evitar, sin embargo, que las remesas disminuyan, mermadas por las sisas de los funcionarios poco escrupulosos que están encargados de su conducción y custodia.

Las minuciosas precauciones tomadas por la corte de Hué y las reglas establecidas para regularizar la recolección de la canela y su conservación en los almacenes reales, bastan para demostrar la estima en que se tiene y que por lo tanto no es uno de los artículos de comercio. Las pequeñísimas cantidades, que con dificultad pueden adquirirse, procedentes todas ellas de fraudes ó sustracciones cometidas por los naturales, véndense á precios elevadísimos. Un trozo de corteza de cuarenta centímetros de longitud por tres de diámetro véndese á ochenta francos.

Severísimas son las penas que se imponen á los defraudadores, citándose entre ellas la decapitación, que alcanza hasta á los altos funcionarios. Y tal es así, que hace pocos años fué decapitado el Quang-phu de Phu-tó (provincia de Thanh-Hoa) por haberse descubierto que ocultaba una cantidad de tan preciado producto.

Cierto es, sin embargo, que algunos indígenas, especialmente los que residen en las comarcas montañosas, llegan á apropiarse algún árbol, sólo de ellos conocido; mas es preciso que adopten muchas pre-

cauciones para no ser descubiertos, ocultándolo hasta á sus más íntimos amigos.

Algunos annamitas, temerosos de los grandes castigos que les amenazan, conviértense muchas veces en falsificadores.

Al efecto, provéense de una pequeña cantidad de canela real que someten á la ebullición mezclada con pedacitos de otra corteza de igual ó semejante apariencia y que por tal procedimiento satúrase de la verdadera canela, despidiendo el mismo aroma y casi el mismo sabor.

Los annamitas utilizan la canela para la preparación de substancias medicamentosas, empleándola también, al igual que nosotros, como cordial.

EL VEGETAL MÁS GRANDE DEL GLOBO

Hasta hace cuarenta y cinco años, el boabab, *Adansonia digitata*, era el árbol más grande entre los conocidos. Citábanse algunos ejemplares cuyo tronco medía ocho metros de diámetro, y aun hoy considérase á este árbol, verdaderamente colosal, como el elefante de los vegetales. Esto no obstante y por más que se creía que no podía existir competidor al boabab, hase descubierto en California otro árbol gigantesco, el *Wellingtonia*, *Washingtonia*, *Sequoia gigantea*, ya que se le conoce con los tres nombres, cuyo tronco alcanza diez metros de diámetro y ciento veinticinco de altura.

La mayor de estas coníferas existe á cincuenta millas de Vesalia. Su tronco tiene cuarenta y cuatro pies ingleses de diámetro, ó sean catorce metros aproximadamente. Su altura excede de ciento treinta metros.

Hace veinte años descubriéronse en Australia algunos Eucaliptus gigantes; pero el mayor de ellos, ó sea el *Eucaliptus sequans*, no llegaba á la mitad de las dimensiones del *Sequoia*; y preciso es convenir que tiene bien merecido su nombre de dominador, puesto que reina y se distingue sobre los de su mismo género.

Mas aunque los árboles que citamos alcanzan tan considerables dimensiones que dan lugar á suponer que determinan un límite, existen otros vegetales más gigantescos. Nos referimos á las lianas, algunas de las cuales miden ciento cincuenta metros de ancho. Para conservar ejemplares de tan extraordinarios vegetales han establecido los ingleses un interesantísimo museo en la isla de Ceilán, en el que existen lianas variadísimas cuyas dimensiones exceden de las que indicamos.

Otra planta existe, la higuera de las Pagodas, *Ficus indica* ó *religiosa*, cuyas dimensiones sorprenden. Y como cita final, aparte de las algas y los sargazos, cuya longitud alcanza muchos kilómetros, según afirma Trouessart, haremos mención especial de un colosal bananero que se levanta en los alrededores de la ciudad de Broach (India inglesa), cuya copa mide seiscientos metros de circunferencia.

(De La Nature)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUPRIMIENDOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA MARCA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS, PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJEGES
 y conserva el cutis limpio y terso
 GALLIES & Co. 84 St-Denis, 16

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la Sa^d de Fia de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.
 NEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
 PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LICOR del Dr. LAVILLE GOTA REUMATISMOS
 Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR.— EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito. Y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Á LA SALUD DE LA NOVIA, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

APIOL
de los D^{rs} JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{rs} JORET y HOMOLLE.

MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{ers} LONDRES 1882 - PARIS 1889
Far^m BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS y JARABE
DE
BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.

Exijase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D^r DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Wine Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán Apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN